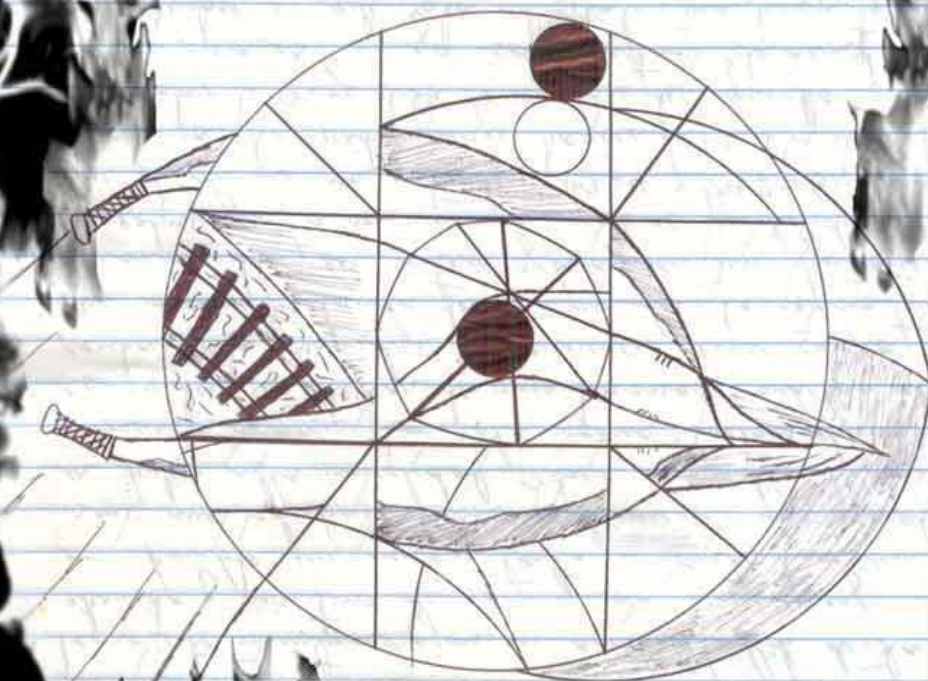


El Encuentro



*La mirada constante, el eclipse y
el pájaro en el mundo de J.K.*

AMIMSPED

amimsped@gmail.com

El encuentro.

Capítulo I.

Melodías Secretas.

Loes.

En mi pueblo, Mitit, nunca ocurre nada nuevo, las personas van por las polvorientas y cálidas calles sin ninguna prisa, los caballos a paso lento, inclinan sus rostros ante el ardiente sol. Los niños vienen de sus escuelas, con la lengua de corbata y sus rostros sudorosos; Caminan con pies cansados algunos, y otros llorando el calor del suelo en sus pies descalzos. A veces me pregunto si valdrá de algo tal sacrificio; Pues los maestros son de esos, que por la decepción de estar en un pueblo olvidado, Ven con repugnancia a sus alumnos, y con mucho desinterés toman su labor de educadores.

Toda la gente aquí en Mitit está muy orgullosa del pueblo; dado que es un buen productor de miel. Otros se dedican a la ganadería, y muy pocos de estos al cultivo: Los ancianos siempre dicen orgullosos que Mitit es una tierra de la que mana leche y miel, motivo por el cual los pastores y sacerdotes no temen en decir que es la tierra prometida, y la gente en su totalidad no vacila en darles la razón.

Y de ellos podría decir; que son gente trabajadora, de fuertes valores morales, todos sin excepción asisten a alguna iglesia; Ya sea católica o protestante. Los índices de delincuencia aquí en Mitit son extremadamente bajos, lo suficiente para ser extremadamente aburrido: De lo que yo tengo memoria solo se han dado tres muertes violentas, y esto debido a disputas personales; Ya sea por alguna mujer, o por líneas de terreno, esto segundo es muy poco visto, dado que la mayoría trabaja en los grandes ranchos; Ya sea como apicultores, vaqueros, o campesinos, ¡Siempre en las tierras de los patrones! Recuerdo la vez en que un grupo de jóvenes vaqueros trataron de asociarse, algo así como un sindicato: dado que no tenían ni la menor idea de lo que hacían, no me atrevo a llamarlo un verdadero sindicato: No había trascurrido aun una semana, para cuando sus padres los habían obligado a desistir de lo que ellos consideraban; “Una terrible rebeldía”.

Las jóvenes en Mitit son extremadamente recatadas, hasta les podría llamar santurronas, siempre con faldas hasta los tobillos, blusas de tela corriente, el pelo y el rostro muy descuidados, y de cuando en cuando, se ve en sus pecosas caras,

alguna sonrisa desprovista de encanto: Lo que si nunca falta en sus cuellos, es un rosario; en el caso de las católicas, y una Biblia de bordes derruidos; en el caso de las evangélicas. Creo que sus únicos ratos de verdadera felicidad, es cuando cantan corillos en sus respectivas iglesias, pues el resto del tiempo caminan con el rostro bajo, y murmurando lo que me imagino son solismos, o alguna oración. Aunque ese no es el caso de Lilith: Ella es más bien un tanto rebelde, ya que su padre es dueño de un rancho, lo que le ha permitido mandarla ocasionalmente a la gran ciudad: Algo con lo que las otras chicas, ni siquiera se atreven a soñar en sus largas ensoñaciones durante la misa dominical.

Pues como les decía, Lilith se escapa en todo sentido de esta norma: Sus faldas son más bien cortas, sobrepasando la altura de las rodillas, su padre se encarga de proveerle siempre de las ultimas modas disponibles en la gran ciudad, y esto además de perfumes exquisitos, los cuales vuelven locos a los jóvenes de la localidad, su piel es suave y tersa, y su rostro de rasgos delicados. ¡En resumidas cuentas ella es la inspiración de todos en el pueblo! Motivado esto también por sus gustos musicales, apartados en todo de los corillos cristianos, divaga su mente con delicadas melodías de Mozart, y los acalorados vales de Strauss. No se puede decir más de ella, pues la palabra belleza la describe a plenitud.

Así pasan los días en Mitit, entre el azadón, las riendas, y las picaduras.

Mis padres crecieron aquí en Mitit, así como mis abuelos y bisabuelos, yo en particular me he dedicado a una vida solitaria y reflexiva, gusto salir del pueblo y en algunas ocasiones he llegado a la gran ciudad: Recuerdo la primera vez que la vi. Con grandes edificios, asfalto en sus calles. Lo que en aquel momento llame "Calles en cementadas", fue allí donde vi por primera vez un avión; Era hermoso, brillante con el pasivo sol de la tarde. La gente caminaba; siempre tan a prisa, y los niños venían de sus escuelas en grandes autobuses, lo que me hizo recordar con algo de tristeza y nostalgia, cuando yo tenía que caminar diez kilómetros bajo el ardiente sol para poder conducirme de la escuela a mi casa. Pues allí todo mundo parecía verme con una extrañeza mordaz, ¡y hasta tenía la impresión de que se reían e mis zapatos derruidos y maltratados por el camino! Recuerdo haber visto unos grandes letreros anunciando lo que a mi juicio era una muy apetecible comida, desistí luego de tal empresa al acercarme y ver de cerca lo exorbitante de aquellos precios. Así que me dirigí a una venta de golosinas, las comí aunque de mala gana, pues sus precios tampoco me convencieron. Luego corrí rápidamente a la estación de buses, ya que no estaba dispuesto a enfrentarme a los precios de los hoteles de aquel lugar. Sabía que mi regreso seria largo, los cuatro buses que me conducirían de nuevo a Mitit, eran lentos como tortugas y las calles tediosas y monótonas.

Esa fue mi primera llegada a la gran ciudad, un recuerdo fuerte pero ambiguo, cargado de tristeza y asombro, de alegría y limitación.

Aunque eso no creo que afecte realmente a Lilith, ya que cada vez que regresa de la ciudad, su rostro resplandece de alegría, y sus ojos irradian nostalgia por aquellas pulidas calles al observar el seco y polvoriento suelo de Mitit. Pues esa mañana de domingo todo transcurría con naturalidad, las personas asistían en perfecto orden a sus iglesias: era realmente agradable verlos, todos en filas semi organizadas, a paso lento y constante, movidos por la fuerza invisible de la monotonía. Las mujeres seguro pensaban en los almuerzos que harían ese día, y los hombres, aunque bien desayunados, se deleitaban pensando en la próxima comida. El caso de las jóvenes era un tanto diferente, pues en esas reuniones era la única ocasión en la cual podían ver a los muchachos, los cuales se postraban frente a ellas como ganados de feria, y las veían con ojos picaros y sonrientes; a lo que ellas correspondían con una penosa sonrisa, la cual ocultaban a toda costa de sus inquisidoras madres. Estas observaban a los jóvenes con apatía, así como fieras sumisas cuidando de sus crías. Yo en lo particular me mantenía fuera, nunca después de mi infancia pudieron obligarme a entrar a la iglesia; nadie se asombró de tal decisión mía, ya que de niño me la pasaba correteando entre las bancas, ¡en clara rebeldía!, y sin el más mínimo interés por la prédica. La verdad yo no veía nada extraño en aquella conducta, pues se que en el fondo los demás niños me envidiaban, no precisamente por mis actos, si no por el valor que a ellos les faltaba para imitarme. En ocasiones uno que otro hacía las veces de levantarse, pero una mirada rápida y sigilosa de sus madres los hacía desistir de tan agradable empresa.

Pues bien así me quedaba yo, como lobo estepario cuidando contemplativamente de mis ovejas. Había decidido ser un observador, y así disfrutar de la libertad del retiro. Solía irme a una loma en la cual crecía un hermoso y verde pasto. Ho como disfrutaba esos domingos en mi torre vigía natural. Ese domingo justamente vi dos siluetas salir a hurtadillas de la capilla, se dirigieron a la parte trasera de esta, y no pude resistir la tentación de observarles. Me acerque pues sigilosamente entre los arbustos, y allí me quedé, detrás de una tupida zarza. Eran pues Lilith y otro muchacho los que allí se encontraban; el la besaba apasionadamente, mientras ella cerraba sus ojos, devorando sus labios como fiera hambrienta. Luego este sin pudor alguno comenzó a acariciar su vulva, la frotaba con fuerza, como si fuera algo eternamente deseado, como si toda su vida hubiera esperado ese momento. Ella solo respondía a esto con leves quejidos. No me detuve mucho, pues aquel acto era de evidente desenlace, y la privacidad era un derecho innegable, y yo de este ya les había robado suficiente. Aquella misa dominical término como todas las demás, Lilith entro a ella justo antes de que terminara, y corrió como niña consentida a los brazos de su padre. En esos momentos cuando la iglesia permanecía totalmente vacía, era cuando yo me permitía entrar a ella, ya sea por algún deseo oculto de servir al dios de mis padres, o por contemplar lo que considero la ruina mental de mis contemporáneos, esto segundo siempre me ha parecido más fácil de aceptar. El

caso es que en ese día el ambiente en aquella capilla de paredes antiguas y voluminosas, de grueso adobe, de color amarillento; parecía de una muy serena calma, las velas puestas por los fieles en los altares, el eco silencioso e intrigante, ¡y el Cristo!, la bola de madera, carne y sangre; este me observaba rogándome piedad, casi lo veía bajar de su cruz y golpearme hasta la muerte.

Luego un anciano misterioso se postró frente a él, aquel hecho me pareció extraño, dado que los feligreses no suelen entrar hasta el altar del Cristo, pero más extraño fue ver cómo salía humo de su boca, mas parecía estar fumando algo. Me acerque pues a aquel anciano, el cual se vestía de una manera más bien andrajosa, con sandalias de suela, y pantalones derruidos. De su piel emanaba una brillantez y un penetrante olor a sudor. Este giro su cabeza, me observo directo a los ojos ¡penetrantes y vacíos!, su rostro de piel áspera y arrugada esbozo una cálida sonrisa, y sin más preámbulos se levantó, caminando lentamente, de paso ondulante y enfermizo desapareció por el gran portal de entrada.

Observando que este había dejado unos extraños maderos, los coji con mi mano izquierda, y corrí con paso ligero detrás de aquel hombre. Al salir de la capilla vi que se dirigía a aquella mi loma predilecta, lo que me hizo correr aun más a prisa, pues pensé que aquel viejo misterioso no vivía cerca del pueblo.

Ya después de un rato logré alcanzarle, toque su hombro, yo jadeaba por el cansancio, y este se limitó a observarme con ternura. Extendí mi mano para así entregarle los pequeños trozos, pero el la cerro en señal de que los conservase, con lo que me limite pues a observarle con un asombro enigmático. No expreso palabra alguna, y al cabo de un instante me dijo pasivamente:

Gigalmesh: Mi nombre es Gigalmesh, el eco de las montañas, conserva pues estos trozos de natura, son las camas en las cuales anidan las hadas por las noches, y las balsas que conducen a los niños al país de los sueños.

—las palabras de aquel anciano me parecieron más extraños símbolos, que algo realmente elocuente, después de analizarlo por un instante, caí en la cuenta que aquellos palillos servían para fabricar algún tipo de droga, o cuando menos un calmante menor, no pensé mucho en esto sin antes decirle:

Loes: Se que lo adquirido como regalo debe ser apreciado, pero la pregunta del porque no puede huir de mi mente, pues de estos maderos tengo yo concepto vago: ¿acaso me perderán en sueño eterno? O ¿me enloquecerán en profunda cordura?

—al yo preguntarle aquellas cosas al anciano, este achicó sus ojos, me observo con graciosa desconfianza, tomó los maderos de mi mano, y con gran ternura los

metió en la bolsa de mi camisa, yo no supe qué hacer ni que decirle a aquel enigmático viejo. Este murmuró unas palabras que no alcancé a comprender, y sin más se volteó y siguió su camino. ¡Así lo veía yo retirarse!, ¡así como cuando salió de la iglesia!, con aquella silueta triste y misteriosa, con paso cansado pero tranquilo se perdió en la espesura del bosque, y penetró en las raíces de mi inconsciente.

Al regresar al pueblo fui nuevamente abrumado por la calidez de la monotonía, los niños jugaban en el parque, ¡todo era pasivo! Hasta que unos niños comenzaron a discutir, sobre quien de ellos tenía el mejor padre, y así transcurría tal plática: el primero con ojos arrogantes y altivos dijo.

Niño 1: ¡Mi padre es mejor!, pues sabe muchas cosas, produce la mejor miel de todo el pueblo, y como sabes la miel es deliciosa.

—Mientras el segundo niño preparaba su argumento, le lanzo al primero una mirada sarcástica y burlona.

Niño 2: ¡Como haz dicho!, no negare que la miel es buena, pero mi padre es un importante ganadero, y esto le permite tener mas dinero que al tuyo, y esto sin contar todo lo que sacamos de las vacas; Leche, carne, cuero.

—Luego este segundo haciendo muecas de grandeza continuó.

Niño 2: Y esto es mejor que las abejas, que solo miel producen, ¡Miel! ¡Miel! ¡Miel! ¡Y nada más que miel!

—El primer niño se quedó pensativo y confuso ¿Sería acaso que aquel segundo tenía razón, y el padre de este era mejor que el suyo? Pensó en esto por un instante mas, para luego responder con toda tranquilidad y una pasiva sonrisa.

Niño 1: Pues mira que tienes razón, tu padre tiene mejor trabajo que el mío. ¡Pero el mío es muy cariñoso, juega conmigo aunque este cansado! Y todas las noches me provee de fabulosas historias, me cuenta de los fabulosos viajes de sinbad el marino, de grandes Ifrits que aparecen a pescadores humildes. ¡No hay día que no duerma pensando en fabulosos viajes, ni sueño mío que no este provisto de visiones fantásticas!

—El otro niño pensó de manera acelerada, ¡no tenía argumento ante aquella realidad!, ¡Sabía muy bien que su padre no le dedicaba el tiempo suficiente! Y con voz un tanto chillona dijo al primero.

Niño 2: ¡Pues mira que eso no es importante!, ¡Es mas aré que te tragues tus palabras!

—Luego de esto, este se abalanzó contra el primero, ¡Comenzaron a luchar! A todo esto yo observaba pasivamente como se golpeaban sin deseo alguno,

cuidando exhaustivamente de no provocarse reales daños. Luego de un rato ambos se calmaron, exhaustos se tendieron en el suelo. Después de jadear un rato por el cansancio, se vieron a los ojos y rieron a carcajadas.

El segundo le dijo al primero con una amplia sonrisa.

Niño 2: ¡Ven te invito a comer a mi casa!

—El primer niño asintió sonriendo amablemente y dijo.

Niño 1: ¡Esta bien! Y luego vamos a la mía a comer miel de postre, y que mi padre nos relate una historia.

—El segundo asintió y dijo.

Niño 2: ¡Vamos pues! El domingo apenas comienza, y seguro será uno de los más divertidos.

—Y así partieron aquellos dos, ¡al fin y al cabo eran solo niños! Allá iban; Uno con ropas nuevas, y el otro de humilde forma. Se perdieron corriendo alegremente en la distancia. Y mi infancia se fue con ellos, y me perdí en el recuerdo...

—Mi infancia fue siempre solitaria, no es que no jugara con otros niños, solo que la mayor parte del tiempo estaba solo, allá en mi país de ensueño, en mi pasiva lógica. Imaginaba duendes y hadas, observando plantas y objetos. Recuerdo la calidez del hogar, mi madre preparando la comida, ¡Ciertamente una brillante alegría me mantenía en el límite del confort!; Pensaba solo en mis diversiones, aunque de vez en cuando no dejaba de sentir algo de inconformidad hacia mis propias fantasías. No pude más que negar a dios a los 6 años, no se pues si fuera por algún complejo edípico remanente, o un producto de mis ratos de reflexión, ¡Lo cierto es que lo negaba! Pues al verlo comparado con mis sueños de viajar a las estrellas; Ver a dios en esto me parecía inaudito, ¡el infinito me apasionaba! ¡Como quisiera tener pues tal concepción de el en este momento!, ya que su sola idea me tortura, me desquebraja con su paradoja, me hunde en profunda depresión: ¡Pues es tal la tristeza de no poder alcanzarlo!

—Ya después de mi reflexivo recuerdo, vi Unas hermosas flores amarillas, provenían estas de una planta corriente, ¡recuerdo no haberlas visto antes!: ¡estaban allí tan pasivas! El barro mojado en el cual estaban irradiaba toda la belleza del día, ¡su tallo era sutil y serpenteante! Y sus hojas más bien delgadas, Tristes y marchitas. ¡Pero su flor fulgorosa! Retadora ante los rayos del sol, ¡Parecía vivir más, en cuanto más brillante este se volvía! ¡Sonreía pasiva, serena y perfecta!, Me senté frente a ella pues estaba hipnotizado por su belleza, y en un extraño lenguaje me hablaba, y con dulces susurros yo le contestaba.

En dulces susurros.

¡Calida mañana!, hermosa como tus pétalos, fuertes canciones, y tu tallo de sutil encanto. Como parábolas interpretas mis ideas, como lluvia sonrío de melancolía: Son mis lágrimas que cobijan tu encanto, y es este mismo, el que con su armonía me envuelve. Te adoro de miles de formas, y me provees de sutiles placeres.

¡No hay agua que en ti no se purifique!, ¡no hay vertiente que para ti sea suficiente! Pues mi pensamiento no puede entenderte, y por más que fluya interminable, no habrá forma en la cual de ti pueda sacar concepto.

—vi a Lilith y a su padre venir por el camino, y no pude mas que hacer símil de ella y aquella planta. Se la miraba así; tan candida, hasta casi olvido lo que hace rato hacía. Ellos al verme sonrieron pasivamente, y yo les respondí de la misma forma. Creo que esa fue la primera vez en la que ella mi miraba directamente, ¡ciertamente fue la primera en que pude ver directo a sus ojos! Estos irradiaban un especial encanto; sus pupilas jugaban con la luz del sol, y su sonrisa era aristocrática y tranquila.

No dejo pues su padre de preguntarme del porque estaba yo sentado frente aquella planta; la cual para mi ya había perdido algo de su encanto. Me mareo pues aquella pregunta, y un tanto sorprendido y entrecortado respondí.

Loes: ¡ha... pues nada! Solo aquí reflexionando un poco.

—Luego Lilith dijo majestuosamente.

Lilith: ha... ¡sabes! A mi también me gusta reflexionar de vez en cuando. Pero dime: ¿Qué son esos maderos que traes en tu bolsillo?

— ¡Anonadado me dejo aquella pregunta!, pues para ella no tenía yo explicación lógica. Le dije pues que los había encontrado, y que se los llevaba a mi madre, ya que ella gustaba de coleccionar plantas. Esto hizo sobrevenir en ella la desconfianza; Sabía que estaba mintiendo. Luego con poco interés me dijo que estaba bien, y su padre la alentó a seguir caminando. Yo no olvidaría jamás aquel primer encuentro, y mucho menos aquel extraño y maravilloso domingo. Me fui pues a mi casa. No podía dejar de sonreír por el camino, ¡los árboles verdes y vivos! ¡Las calles desoladas! ¡El chillido de las cigarras! ¡El sol calido y confortable!

Llegue a mi casa, un lugar más bien humilde. Mi madre cocinaba en un bello fogón, blanquísimo como la luna, suave como las perlas. El techo de teja proveía de una agradable frescura, y el suelo con olor a tierra mojada, no inspiraba más

en mí que agradable desenvoltura. Me senté en el sillón bebiendo una taza de café, cerré los ojos, y relajado me quede dormido.

Desperté luego de varias horas, estaba anocheciendo, y la luna llena asomaba en el horizonte. Salí pues rápido de la casa. ¡Se veía hermosa! ¡Complaciente! ¡Como gran ojo nocturno! ¡Como portadora de antiquísimos secretos! Los maderos de mi bolsillo brillaban con una extraña fluorescencia azul, parecían susurrarme al oído palabras incomprensibles, El bosque a mi alrededor me llamaba ¡Parecía como si un harén de hadas sensuales me esperara! ¡Como si rieran de alegría esperando mi presencia! Casi podía verlas, masturbándose frente a mí, y tentándose como súcubos nocturnos, ¡Me poseen! ¡Eyaculó en sus virginales vientres! Me llamaban pues los maderos a aquella magnífica experiencia. Yo caminaba ya sin control, con la conciencia enterrada bajo metros de tierra. Y así me adentré sin causa en aquella negrura enigmática, ¡Y fui como Alicia en el país de las pesadillas!: ¡Misteriosas y bellas! ¡Pérdidas y majestuosas!

Las ramas de los árboles se arremolinaban en torno mío, me tenían como felinos de finas garras, atrapado en aterrador influjo. El suelo suave y fértil, de ramas y hojas. Y un camino invisible me conducía a la más profunda oscuridad. Llegué a un claro: ¡Y allí estaban ellas acariciando sus bellos cuerpos formados de natura! Eran de color verdusco y sutil, ¡Seguramente de edad antiquísima! Enredaderas vestían sus desnudos cuerpos, y bellos lirios adornaban sus cabelleras. Sus pies eran bellas raíces, las cuales jugaban alegres con el follaje, ¡Mas no digo de sus rostros, hermosos sin comparación! De labios oscuros y miradas brillantes. Sus voces incomprensibles se expandían por todo el ambiente, y una música sutil e inaudible adornaba cada una de sus palabras. Los maderos comenzaron a inquietarse, como ansiosos de participar en aquella orgía. Los tomé pues en mis manos, y estos brillaban como soles marchitos, ¡No los contuve y huyeron por el suelo, hasta unirse al cuerpo de aquellas damas! Mis ojos no podían comprender lo que veían, ¡Y mi pene saltaba como loco de ansias! se fugaron pues mis instintos, y lloraba amargamente mi condena, ¡Ya que moverme no podía! ¡Parecía que disfrutaban mi impotencia! Ya que a cada instante más sensuales parecían; ¡Lloraban de placer castigando mi deseo! ¡Mis pantalones fueron presa de mis fluidos! Y mis alaridos rompieron la armonía de aquella instancia. ¡En ese instante ellas pararon! La luna se ocultó tras las nubes, y la penumbra acogió de nuevo mi alma. ¡Baje en un instante a la profundidad de un pozo! ¡Perdí la conciencia!

Al cabo de un rato la luna irradiaba mis ojos, los súcubus se habían marchado, y el bosque me envolvía en una fría neblina, ¡Me encontraba perdido! Los grillos cantaban inquietos, y la luna iluminaba un blanco camino; Lo cojo aunque no supiera su destino, deseaba que me condujera el pueblo, ¡Aunque en mi interior sabía que nada mas lejos de mi deseo era lo que me aguardaba!

¡Loco de asombro me quede al contemplar lo que mis ojos veían!; Una gran torre, de cuando menos cinco pisos. Echa de piedras mohosas y grotescas, de apariencia gótica y endiablada, ¡parecía tan antigua como la misma humanidad!

Una pequeña puerta de madera tosca era su única entrada, Veía yo pues imposible que estuviera habitada. ¡No sabía pues que era más terrible! ¿Dormir en aquella intemperie? O ¿Adentrarme en sus terribles secretos? Escuché entonces una voz suave y fría que me dijo.

La voz: ¡Entra muchacho! ¡Visítame amigo!

—Mi reacción ante aquello fue inmediata, ¡mis carnes se enfriaron al instante! ¡Mi rostro era presa de aterrador asombro! Las bisagras de aquella puertilla se abrieron tenebrosas. Asomo la cara aquel anciano, y la luna cubría su faz de fantasmal blancura. ¡Esto me produjo algo de alegría! Pues tan malo no podía ser aquello. Me pasó delante, y por primera vez pude contemplar aquella instancia; las columnas de libros se alzaban hasta el techo, ¡Eran volúmenes antiguos, portadores de secretos incalculables! En el pequeño escritorio del anciano se encontraban varios de estos, como si en aquel instante el viejo se entregara a sus mundos ocultos. Me invito pues a sentarme, ¡Yo no podía dejar de ver su rostro! ¡Pasivo, pero salvaje! ¡Con alma fuerte, y de gran entendimiento! Me propuse hablarle, pero este me interrumpió diciendo.

Gigalmesh: ¡Hoy estaba esperando!

— ¡Como! Dije yo sorprendido, el volteo a verme con graciosa elocuencia y prosiguió.

Gigalmesh: ¡Sabía que vendrías! ¡No lo dudé ni por un instante!

Loes: ¿Pero como lo sabías? ¿Por qué me dejaste estos maderos?

—El respondió con una súbita carcajada, y dijo.

Gigalmesh: ¡Hablando de mis maderos! ¿Dónde están? ¿Qué haz hecho con ellos?

—Con confusión en mi rostro le respondí.

Loes: Pues creo que los deje en casa.

—El me observo intrigadamente, como si tuviese certeza de mi mentira; Se levanto y abrió un viejo gabinete, saco los maderos y los puso frente a mí.

Loes: ¡¿Pero como?!

—Dije. Y luego se sentó, y con voz susurrante y extasiada me dijo.

Gigalmesh: ¡Negarás que haz conocido a mis doncellas! ¿Qué acaso estas no te proveyeron de un sueño imposible? ¿Es que acaso tu corazón había palpitado de esa manera?

—Luego de esto decidí enfrentármele, saber el porque de toda esta aventura.

Loes: ¡Por favor aclara mis dudas! ¡Ya no soporto esta angustiosa incertidumbre!

—Tomó una vieja pipa que tenía en su escritorio, extendió sus piernas, y relajo su rostro. Así comenzó su relato.

Gigalmesh: ¡Habitación oscura! ¡Habitación oscura!

—Lo mire con intriga, puse mis codos sobre la mesa. Este me observo fijamente, y prosiguió de manera calmada.

Gigalmesh: ¡Soy mas antiguo que las raíces del bosque! ¡He caminado por la tierra antes de que el hombre conociera los caminos! ¡He fabricado su saber, Los he iniciado en la escritura! ¡Los proveí de abrigo! ¡Los consentí en su tristeza! ¡Les di sus primeros nombres! ¡Los bajé de los árboles, y los hice correr por la sabana! ¡Inspire sus dioses, y mancharon mi nombre tratando de entenderme!

—En el límite de la intriga le pregunte.

Loes: ¿Tú eres dios?

—Y el regañonamente me respondió.

Gigalmesh: ¡Como hoz atreves a compararme con esa vil mentira! Yo represento el eco del cosmos, ¡Soy la intriga, y el remanente de la gran explosión! ¡Adorné tus ideas con el ansia del infinito!

Loes: Tradúceme pues tus palabras.

Gigalmesh: Soy quien te hizo bajar de los árboles, ¡Soy la curiosidad! Sentimiento creador del pensamiento, el arquetipo de la sabiduría, soy el sueño de tu vejez, ¡Tu aspiras a mi condición!

Loes: Eres “el viejo sabio”.

Gigalmesh: ¡Así haz decidido llamarme!

Loes: ¿Pero eres físico o solo una idea?

Gigalmesh: ¿Es que acaso no puedes tocarme? ¡Soy un simple viejo, que comprende en lo que se ha convertido!

—Lo observé anonadado. El silencio inundó la sala, los dos nos observamos callados. El tomo un gran libro y comenzó su lectura. Y yo esperaba la lección que de éste me proveería.

Gigalmesh: La luna ha sido testigo de estas grandes etapas, ¡Ha andado silenciosa por todos los caminos!, ¡Conoce los senderos olvidados de la civilización!

Loes: ¿Pero como haz llegado a comprender la esencia?

Gigalmesh: ¿Pero que es la esencia? ¡Si no nuestra alma conjurada en los objetos!

Loes: ¿Qué haces en este pueblo olvidado?

Gigalmesh: ¿Y que haces tu aquí amigo? En esta torre perdida. ¡Lo que nos mueve es el ansia de sabiduría!, ¡Lo que nos despierta es el sol de la incertidumbre!, ¡He visto en tus ojos la locura, que a tu saber es la mas grande cordura!

Loes: ¿Pero que haré mañana? ¿Cómo viviré tranquilo después de todas estas experiencias? ¡El ambiente en Mitit será el mismo de siempre!, suspiraré por Lilith como todos los días, la gente me vera siempre como un lobo estepario al acecho de sus ideas.

Gigalmesh: Tu vida continuará como hasta ahora, solo lleva en tu alma tu esencia, y vive como nunca haz vivido.

—Me miró pues el anciano, tomo mis manos con su derecha uniéndolas fuertemente; No pensé pues que tuviera aquella fuerza. Con la izquierda cerró mis ojos, y yo caí en un profundo sueño ¡relajante y cálido! Como arrullado en los brazos de un padre, como niño dormí pasivo, y fue mi alma en un perfecto descanso.

Al día siguiente desperté en el sillón, como si de este no me hubiera movido. Más sabía que aquella experiencia era en absoluto real. Mis zapatos estaban húmedos, al igual que mis pantalones, ¿Y los maderos? ¡Pues habían desaparecido! Ellos eran el fiel testimonio de lo ocurrido.

Me levanté ese día sufriendo los síntomas de una terrible resaca, ¡Estaba agotado!

Me fui a trabajar en mis granjas de abejas, Allí estaban mis compañeros de trabajo: pues aunque los panales fueran míos, los consideraba compañeros. Uno de ellos en tono sarcástico me dijo.

Fran: ¡Hey Loes! ¡Bonita noche pasaste ayer eh...!

—Al unísono todos soltaron una carcajada. Yo los observe sonriendo pasivamente.

Me dispuse a sacar uno de los panales con el fin de ordeñarlo: Era este de un dorado espectacular, la miel fresca y espesa se movía con una lentitud majestuosa, corría lentamente por todo mi brazo hasta hacer que mis codos lloraran su perfume. ¡Todos se sorprendieron de la belleza de aquel panal! Lo puse luego en un recipiente, y aun así su olor era de una dulzura exquisita. Uno de mis amigos dijo en tono franco.

Ed: ¡Dinos Loes! ¿Por qué te alejas de las personas? A diario te vemos partir, nunca has compartido con nosotros una cerveza.

Fran: ¡Sí! Cierto. ¡He que dices! ¿Nos acompañas hoy al bar?

—Los observe confundido, (Buscaba la mejor forma de safarme, de huir de aquella propuesta) el alcohol siempre tendía a llevarme a la depresión, ¡Era como tocar el cielo y luego freírme en el infierno!
En tono comprometido les dije.

Loes: ¡Pues no se! La verdad no me parece una buena idea, ¡es que no tengo dinero esta noche!

—Instantáneamente olieron mi mentira, me observaron sarcásticamente y Turcer me dijo.

Turcer: Déjate de excusas, nosotros te invitamos.

Fran: ¡Sí! Nosotros te invitamos, ven pues con nosotros.

Ed: ¡Acompáñanos amigo! ¡Verás como te relajas!

—No tuve otra opción que aceptar aquella propuesta, pues en el fondo lo deseaba, ya era hora de relajarme un poco, he interactuar con personas, ¡Estas personas que había tenido olvidadas!

Así pasaron las horas: entre la faena, las bromas, las risas, y de más.
Salí luego a comer a mi casa.

Loes: Nos vemos amigos, vuelvo por la tarde.

—Tome el camino hacia el pueblo, era ya cotidiano una vuelta por el parque antes de llegar a la casa. ¡Y mas no pudo ser mi asombro al ver a Lilith sentada en una banca! Los niños corrían de un lado a otro, los ancianos platicaban serenos sobre su juventud perdida, de sus venturas y desventuras, ¡De cómo cambian las cosas!

Acercaba me pues a lilith cuando un tipo se sentó a su lado, su rostro era serio y petulante; Le dijo (vamos), y ella con un gesto se negó a su propuesta. Aquello se convirtió en una discusión. Yo no pude abstenerme de escucharles.
El en tono enojado y señalando su rostro le dijo.

El tipo: ¡Tú no entiendes! Te la pasas hablando de la gran ciudad, es lo único que de ti escucho todos los días.

—Ella contesto molesta, y bajando el brazo de este le dijo.

Lilith: ¡Pues es mi vida, y así me gusta vivirla! Y si no te gusta, ¡Pues vete que ninguna falta me haces!

Aquel tipo ardió en cólera he impotencia, se retiró apresurado y molesto. Lilith tomo un cigarrillo y se relajó pasivamente. Me acerque a esta, y ella en tono alegre y gracioso me dijo.

Lilith: ¡Hey! Como estas, ¡tu nombre era...!

—Loes, (repuse). ¡Si! Loes (dijo ella).

Lilith: Y dime Loes ¿Qué haces?

Loes: ¡Pues aquí! Camino a mi casa. (Contesté tranquilo).

Lilith: ¡Ho! Que bien, y dime: ¿Qué es ese librito que llevas en la mano?

Loes: Ho... pues es algo que siempre he disfrutado. Pero es de naturaleza compleja, ¡No le des importancia!

—Ella me observo intrigada, sabía que aquel folletillo era de un valor incalculable. Lo tenía desde hace ya mucho tiempo; cuando lo encontré bajo un árbol. Raras veces me separaba yo de este; ¡cierto que no sabía su procedencia!

¡Cierto que había cambiado mi vida! ¡Era el diario de Imagus! Un ser mítico que habita en el alma, y provee a su amado de grandes conocimientos. Me rogó pues Lilith que le prestara aquel objeto, ¡pero me negué con gran dolor!

Loes: ¡Pídeme lo que desees! ¡Menos este diario!

Lilith: ¡Vamos! No te pongas sentimental, ¡Al fin y al cabo es solo un librito!

—Lo pensé por un rato, y lentamente extendí mi mano, dándoselo delicadamente. Ella lo tomó y prometió devolverlo pronto. Asentí sonriendo, y ella dijo alegremente.

Lilith: ¡Pues mira que tengo que irme!

Loes: Yo igual.

— ¡Y así partió ella! con aquel objeto apreciado, sabía pues que estaba en buenas manos.

Luego de caminar un rato por aquellas secas calles, llegue a mi casa. Entré a mi habitación: Esta estaba decorada muy a mi gusto; con imágenes de los planetas, de constelaciones, y de grandes quasares. Mi cama era pequeña y humilde, tenía un viejo televisor, el cual nunca veía, y una pequeña lámpara para mis noches de lectura, en las cuales solía perderme en mundos maravillosos, y filosofías obtusas. Al pensarlo más a fondo tenía yo bastante similitud con aquel misterioso anciano. En aquel momento comprendí el porque se había referido a mí en aquel momento cuando dijo: “Tú aspiras a mi condición”, ¡Es posible que en aquello razón tuviera! Mi madre me llevo de comer, y lo hice tranquilamente, ¡Tal y como si ese día no tuviera que volver a trabajar! ¡Y lo cierto es que no lo deseaba! Volví esa tarde al trabajo. Y al salir de este me preguntaba que estaría haciendo Lilith, y que cosas leería del diario de Imagus.

Lilith.

¡Vaya que ese tipo Loes si es un tipo extraño! ¡Hasta me hizo olvidar la cólera que sentía por mi antiguo novio! ¡No pensé realmente que me prestara este extraño folleto! ¡Pero al final lo hizo! Me imaginó que yo he de gustarle. Tal vez después de leer un poco pueda entender a este extraño personaje.

—Comencé a leer el diario, mis ansias por aquello era particular. Se veía ya muy antiguo: Con extraños símbolos en su portada.

Diario de Imagus.

1. El nacimiento.

Mi nombre es Imagus: Productora de deseo y fantasía. De la fecha de mi nacimiento no tengo certeza, solo que fue en la mente de un hombre durante la edad media. Me conjuró con alas negras y perfectas, de cuerpo delicado, y rostro majestuoso. Extrañamente mis recuerdos se remontan hasta el inicio del todo, ¡La gran salida del huevo cósmico! Vivo en espacios oscuros, y transito entre neurona y neurona. Me alimento de los desperdicios del alma, y dejo a mi huésped claros conceptos, ¡Abstraigo su pensamiento a niveles gloriosos!

2. En la cima del mundo.

Una tarde recuerdo haberme posado frente a una altísima montaña, alguien me llamaba, ¡Y allí estaba! Un extraño viajero que extendía sus brazos a las estrellas, ¡llamaba a Eros a que lo consumiera! ¡Llamaba a Thanatos! A que lo absorbiese. Al verme me invito a tomar de la más limpia vertiente: Era el agua más pura y cristalina. Con satisfacción bebí de ella, y tanta dicha me produjo, que no pude contener una leve risilla. En regalo por aquella dicha le día a beber de ella haciendo un hueco con mis manos. El me dijo. — ¡Eres suave y cálida! ¡Pero aquí en el cero absoluto eres una gran flama! ¡Pero aquí en el cero absoluto hay una gran pregunta! ¿Quién nos creó? ¿Y de donde provienen nuestras voces, si nuestras gargantas están ya gastadas?

—Absorbí aquella esencia. Cerré sus ojos y lo hice comprender. ¡Y cierto es que Eros nunca bajo a la tierra! ¡Y cierto es que el vacío nunca comió de Eros!

Me fui de aquella montaña recorriendo cada metro como si se tratase del infinito. Así como de mi creador no tengo el recuerdo de su rostro, así de este viajero no tengo el sabor de sus labios.

—Paré un instante de leer aquellas palabras marchitas, Imagus era sin duda algo maravilloso. Parecía venir de un mundo extraño, y sin embargo era la creación de una mente. ¿Qué desesperación habría llevado a aquel hombre a crearla? ¿O esta existía desde antes, y este solo la realizó en sus ideas? ¿Por qué este librito habría terminado en las manos de Loes? Y no puedo evitar que después de esta mareante lectura me salte a la mente aquella dura pregunta: ¿Quién soy yo? Pero nada me dejo mas cautivada que la siguiente parte de sus escritos; Las melodías de Imagus.

3. Las melodías de Imagus.

Vagando en un infinito desierto, fui capturada por los ecos de los eones, noctámbula camine ansiosa,

hasta llegar a la tumba de un antiguo ser: La pequeña bóveda era siniestra y aterradora, de ella provenían susurros malignos. Entre atravesando la puerta, en su interior las paredes corrugosas y tétricas inspiraban la mas profunda euforia: Seguro un mortal moriría al contemplarlas. Un túnel angosto con antorchas negras, las cuales iluminan sus góticas formas.

Me conduje a sus entrañas como en un sueño prohibido. Mas fue entonces mi júbilo maligno al ver el sarcófago que me llamaba; estaba este labrado en piedra, y de su interior emanaba una esencia nefasta. ¿Cómo podía un ser muerto convocarme? ¡Es como si su cerebro me necesitara con ansia! ¡Tanta que en el produjera la vida! ¡Convencida quede pues que esta, es solo un deseo, mas que una condición física! Salí el de su antigua prisión, me vio a los ojos con sus pupilas marchitas, su piel no emanaba juventud ni soltura; Se descascaraba en profunda agonía. Y me dijo antes de que sus labios se desmoronaran:

—Profunda condena ha sido, el no poder haberte contemplado.

—Tomó un violín, y toco una melodía perdida y de profunda tristeza mientras decía.

Vaco: Sortilegio de pesadilla, angustia serena. Exprimiré mis venas, y de sus entrañas bañare mi habitación. La luna me sonríe como ansiosa de mi locura, la alabo y le prendo altares, Y así en la más pasiva calma coloco mis vísceras a su mirada vampirica. ¡Así cualquier muerte es deseable! ¡Así te esperaba Imagus en mis sueños de melancolía! ¡Me ofrendé como esclavo de tu ausencia! ¡Me perdí en la locura al no poder contemplar tus alas!

—Bello era sin duda aquel diario, y cuando pudiera descifrar sus líricas prohibidas, seguro encontraría el tesoro de los tesoros. ¿Y ahora como veré a Mitit de la misma forma? ¿Cómo asistiré el domingo a la capilla? ¡Y más imposible aun, después de leer su poesía!

Luna maligna.

*Ja ja ja. ¡Locura!
Aislada en un baúl de tortura,
Vi un alma de soltura,
Mi vida fue en su esencia de amargura.*

*Sus ojos como canicas de ensueño,
Su lengua en profunda atadura,
No tiene alma, conciencia ni dueño,
Solo el calido sabor de la locura.*

*Fueron ecos sus palabras perdidas,
¡Con mi lengua lamí sus heridas!
¡Como loca toqué sus frases perdidas!
Y en el puro éxtasis, acaricié sus cobijas.*

*Me hundí en sus profundas fantasías,
¡Perdí mi poca conciencia!
Alabando sus pútridas manos,
Fui victima de sus siniestras melodías.*

—Bello sin duda, el camino empieza y Loes deberá de explicarme.

Ciertamente el diario de Imagus me había dejado un extraño sabor de boca, con sus siniestras frases y su filosofía obtusa. Aquella mujer que había nacido de una idea, esto es ya sin duda ya bastante difícil de entender. Su vida transcurría entre el espacio sináptico, se comportaba como una droga de naturaleza liberadora. Soltaba la conciencia a niveles incomprensibles. Sus alas negras como símbolo de un viaje a espacios infinitos. Sus recuerdos remontándose a la antigüedad le daban claros indicios arquetípicos, sumado esto al constructo de su figura angelical.

De la cima del mundo; como aquel retiro en el cual el sabio se pierde, con sus sueños de alcanzar las estrellas, y sus inconscientes deseos de morir. Pero aun y con todo esto bebe las claras aguas del discernimiento, y esto como único consuelo en la frialdad de su mundo, ¡ciertamente ella ardía como llamas en comparación! Las melodías de Imagus aun me suenan en los tímpanos, lo que no implica que las comprenda a plenitud. ¡Como desearía no haber leído jamás estas cosas! La gran ciudad ha perdido todo su encanto.

Así me quede dormida después de aquella profunda reflexión.

Loes.

—Esa noche me encontraba en un bar bebiendo con mis amigos, aquel lugar era más bien vulgar, con viejos taburetes, con paredes de tabla de orilla, mesas con manteles de plástico y música detestable. Aun y con todo esto Fran se veía muy alegre, disfrutaban todos departiendo bromas, muchas de las cuales eran respecto a mi persona, aquello no me molestaba en lo absoluto. El alcohol comenzaba a hacer sus efectos. En ocasiones pensaba preocupado en la interpretación que haría Lilith de aquel diario, me imaginaba pues que me creería un loco. Ice una pequeña reflexión sobre mi estado, los veía a todos muy en su diversión, las meseras se acercaban a los clientes, permitiéndoles en ocasiones rozar alguna parte de su cuerpo, estos gozosos pedían mas tragos, y el cantinero observaba con una mirada fría, esperando que sus pequeñas ninfas produjeran las emociones necesarias para un portentoso consumo. Era hasta gracioso ver como parecían aquellas tener una micro intimidación con cada cliente. Sentían estos celos al verlas pasar de cliente a cliente, ¡de cama, a cama! Aquello acabo por deprimirme un poco, al ver que yo igual era partícipe de aquel absurdo.

Algunos hablaban sobre sus vienes, otros sobre sus hazañas, todo por cuanto pudiera impresionar a aquellas damas. Mi rostro comenzaba a adormecerse, mis actos a seguir aquella fantasía. La liberación emocional comenzaba a hacerse evidente. Y mis sueños de perfección retenían a duras penas aquellas divagaciones. ¡Como hubiera deseado estar con Lilith en aquel momento, pero sabía que aquello era del todo improbable!

Una raquílica silueta se sentó en una mesa apartada ¡sería acaso posible que aquel anciano se encontrara en aquel lugar!, lo cierto es que las meseras con el tenían un trato indiferente. Pedía tragos continuamente y aun así estos no parecían surtirle efecto.

Luego de esto pedí permiso a mis amigos y me retire de ellos. Aquello no les molestó en absoluto. ¡Bien en su mundo se encontraban en aquel momento! y ciertamente yo también en el mío. Me senté junto al anciano, y justamente era aquel viejo enigmático, me observó callado esperando mis palabras, y con agradable sonrisa le dije a su rostro impenetrable.

Loes: ¡Saludos! ¿Como te trata la vida?

—Su rostro áspero se inundó de calma, y tomando un trago me dijo mientras sus ojos se achicaban.

Gigalmesh: ¿Ves esta copa? contiene la dicha y la desventura, portadora de bienestar y desastre se posa ante nuestros ojos.

—Luego tomó unas extrañas hierbas y mientras las agregaba a la bebida dijo.

Gigalmesh: La potencio pues con estas naturalezas místicas, la veo cambiar de licor a néctar sagrado. Así ella me cuenta de los eones, se refleja en mis ojos toda la historia. ¡No me pidas! pues no te daré, es producto hecho bajo altos conocimientos, por tanto exige estos a su portador.

—Aquellas palabras me intrigaron, seguro se trataba de alguna antigua droga, algún extraño remedio alquímico. De buen agrado acepté el que no me convidara de aquella. Luego de esta pausa le dije.

Loes: ¿Dime quien eres Gigalmesh? ¿A que te dedicas? ¿Como obtienes tus libros?

—Me observo como si ya supiese de mi pregunta, no expresó ningún asombro, y como un padre que da consejo a su hijo me dijo.

Gigalmesh: El conocimiento nos lleva a lugares inesperados, transporta nuestra alma a senderos de libertad. Obtengo mi sustento del apropiado cultivo: ¡En un bosque lleno de vida, para que necesito yo el dinero! ¡Con las hierbas, para que necesito yo medicinas! ¡Con materiales a mi alrededor para que necesito yo albañiles! Lo único que he obtenido del mundo del hombre es su sabiduría. He convertido mis excedentes en valores de uso para otros, he cambiado estos valores por dinero, y con este he comprado mis libros.

— Con un rostro de incredulidad que me atreví a hacer, creo que por los efectos del alcohol, le dije.

Loes: ¿Pero como has podido hacer todo eso? Estas un tanto viejo para esas faenas.

Gigalmesh: Verdad hay en tu deducción, mas no es en estos días en los cuales me ves. He vivido aquí ya desde muy joven. Ahora me dedico a mis lecturas, a disfrutar los beneficios de mi trabajo. Y aunque la dicha nunca será completa, pues las estrellas siempre han de recordarme mi insignificancia.

— Mis amigos me llamaron pues era hora de irse. Aquel viejo se levantó de improviso, dio una palmada en mi hombro y se fue, no pude evitar verlo salir, así como siempre, con su paso sereno se perdió en la oscuridad. Nos fuimos a nuestras casas. Ya en mi habitación las estrellas me llamaban, y pude comprender la tristeza de aquel anciano al no poder morar en ellas. Así me quede dormido bajo el calor de la incertidumbre.

Al día siguiente decidí no ir al trabajo, el día me llamaba con sus melodías calmadas, el olor de los fogones en las casas, la gente en camino sus labores. me dirigí al parque, allí donde solía divagar por largo rato, me senté en Mi banda predilecta, aquella junto al Gran árbol, Justo frente a la glorieta.

Estuve allí largo rato, pensando en lo de siempre. ¡hasta que mi lado se sentó un pastor evangélico! era este humilde, aunque no por ello dejaba de ser un potentado, su rostro de mediana edad, ropas serias, y pantalones oscuros, camisa de tirantes. Este me dijo con aquella voz de consejero, de conciliador milagroso, de hombre iluminado y, de tono vulgar.

Abel: ¡hola muchacho! yo sé tu nombre: Loes, eres el único en el pueblo que no asiste a ninguna iglesia, que acaso no te sientes solo, ¡yo fui como tú antes!

— En esto lo interrumpí un tanto contrariado y le dije.

Loes: ¡No mientras! ¡No me conoces! ¡Así que de ninguna forma puedes asegurar haber sido, o pensado como yo!

Abel: ¡claro que si! todos cuanto estamos lejos de Dios somos iguales: ¡hay un vacío en ti, que sólo él puede llenar!

— ¡En este momento sentí unas ansias incalculables de destruir sus seudo argumentos!

Abel: escucha esto: ¡porque de tal manera, amó Dios al mundo, que envió...!

Loes: ya sé en que termina tu patético versículo ¡para que todo el que en él crea, no se pierda, más tenga vida eterna!

Y te lo explicaré del final al principio. Vida eterna: ¡Acaso podría no ser esto un tan fantástico absurdo! El objetivo de la vida es seguir viviendo, ¡y qué lugar mejor para esto, que un cielo lleno de abundancia! ¡y claro que habría Paz en el, si ya no habría competencia por los medios de vida! ¡Lo que te explico es la base de tu cielo como mera invención! como el sueño magnífico de una mente inteligente, ¡pero más que nada, como el escape y relajamiento de un mundo de adversidades, ¡un escape a la selección natural! en donde los depredadores juegan tranquilamente con nosotros!

El hijo de Dios como cordero: ¡que no es esto un simple sacrificio, disfrazado de la idea de expiación! La extraña idea de que si ofrecemos algopreciado al padre seremos bendecidos, ¿Que acaso este padre no representa al macho alfa del mundo tribal? ¿Que acaso éste no mataba los hijos de la hembra para dar más beneficio a su prole? ¿Que acaso, el matar nuestros hijos, no implica sumisión a este? ¿Que acaso la virginidad no significa el no tocar sus preciadas hembras? ¿Que acaso tú Dios no representa al macho alfa?

Porque de tal manera amo dios al mundo: ¿que acaso no sería mejor decir? ¡Porque de tal manera amó el macho alfa a su prole, para así poder permitir la vida a los hijos de esta! ¡Que acaso no surge aquí Satán como el adversario! El siguiente macho, que trata de enfrentarse a su padre, y la posterior burla de los demás al no lograr este su cometido. ¿Que acaso tú Amado Jesús, no es más que el hijo primogénito, defendiendo los intereses de su padre? ¿Que acaso este no fue muerto por sus adversarios, Satanás si lo prefieres?

¡Así como vez! no me impresionas con tu teatro de la edad de piedra, ¡a otro tonto con ese cuento barato!

Abel: ¿¡pero!?

Luego de esto, se vio enfrentado con la innegable lógica de mi explicación. ¡vi un brillo en sus ojos, que no anunciaba otra cosa, que una absurda idea que le permitiera negarse la verdad!

Abel: ¡El diablo es muy astuto, y te hace pensar esas cosas! ¡No es con la razón que se entiende la gloria del altísimo!

Riendo pasivamente le respondí.

Loes: ¡ve y se feliz! ¡Pues nada podrá proveerte más placer, que la negación del mundo! ¡Pero ciertamente tu dios tiene forma y rostro de hombre! ¿O dirás que no es así?

Abel: ¡Eres un alma perdida! oraré por ti, ¡me voy!

Gracias, le dije, y así partió aquel, era casi cómica su ignorancia, sabía que en su mente estaba la semilla de la realidad, pero que había caído en las rocas. ¡O tal vez, ni siquiera había entendido lo que dije! ¡En esto una gran nube cubrió el sol! vi marchar a un grupo de campesinos, ¡era realmente extraño ver aquello! ¡Ya que era justo la hora de mayor labor en las granjas! Iban con azadones, puntas y, palos. ¡Sus rostros indignados! ¡sus ropas maltratadas! viejos sombreros de junco que era su rasgo más distintivo.

Me acerqué a ellos, estos me observaron con sus rostros inexpresivos, y terminaron por ignorarme. Luego al unísono dejaron salir esta fanfarria:

Grupo de campesinos:

Mala molienda,

Mala salud,

Malas miradas,

Mala comida.

Tierra basura,

Tierra robada.

Mejor cosecha,

Mejor vivir,

Mejores salarios,

¡Es justo pedir!

¡Claramente aquello no agradaría a los terratenientes! Recuerdo la última vez que hubo algo similar, pero en aquella ocasión los jóvenes desistieron, ¡mas estos de ahora se ven muy decididos! ¡Se les veía de una convicción irrevocable! me acerqué a uno de éstos y le dije con voz temblorosa.

Loes: ¡he! ¿Veo que esta vez se han decidido?

El me respondió con voz firme, apoyándose en el azadón.

Lenin: ¡si! Ya es hora de que estos patrones entiendan que no somos sus esclavos. Las cosas cada vez suben mas de precio, ¡y esto que trabajamos y producimos más! ¡Todo se lo llevan a la gran ciudad! Luego nos dejan El peor producto, y como no es mucho, ¡pues

que la venden carísimo!

Luego otro de ellos se acercó: Traía un machete en su mano, aquello me atemorizó un poco, pero al final vi que no era su deseo el agredirme. Este con voz aletargada pronunció estas palabras mientras sus labios se torcían hacia abajo; en franca tristeza.

Ángel: ¡no sabes la cólera que siento, al tener que pagar altos precios por una verdura que yo mismo he cosechado! ¡Y verla así! ¡Tan raquítica en comparación a las que me reciben por la mañana! ¡Como quisiera agarrar este machete y ensartárselo patrón!

Este movió su cabeza agitado, Lenin le dijo que se controlase, y luego se dirigió a mí calmadamente.

Lenin: Loes, tú te has criado con nosotros desde pequeño, sabes que no somos malas personas, nuestros padres no saben de esto, aunque la verdad eso no importa, ¡nuestra decisión es irrevocable! sabemos que tienes tu granja de abejas, y que aún así todos incluyéndote reciben de esta iguales beneficios, ¡ven y síguenos! ¡Únete a nosotros! ¡Levántate y anda! ¡Apóyanos!

Aquello sin duda en halagaba en gran manera. sabía que aquel día el patrón de la mayor hacienda, un tipo recordé y cacheton, de ojos altivos; ¡tendría por fin algo de movilidad! recuerdo pues cuando pasaba por su casa, este siempre se encontraba en el piso de abajo, ya que subir las escaleras al segundo le producía grandes molestias debido su gordura. Lo veía yo siempre de reojo por las ventanas; sentado en un gran sillón, sacando cuentas en un viejo cuaderno. En ocasiones veía la señora de este pedirle dinero, y éste siempre promulgaba grandes reniegos antes de sacar de su bolsillo un gran fajo de billetes, El cual extendía armoniosamente, acercándolo un poco su nariz para poder olerlos: ¡sacaba pues dos billetes de a diez! y los daba a su mujer, La que partía con el rostro serio hacía la cocina.

Estos eran los recuerdos que tenía del viejo Braulio. Era casi triste comparar la situación de éste, con la de los niños y mujeres de mitit: en su mayoría eran muy pobres, de estómagos prominentes y abultados, ¡lo que no implica que no pudiera contar sus costillas! En ocasiones podía ver a alguno de estos jugando con un viejo neumático, como si se tratase de un magnífico coche, ¡sus pies descalzos y callosos, no provocaban más en mí que un triste sollozo!

Ya con estos recuerdos, ¡como habrían de faltarme ganas de unirme a aquella marcha! ¡Apreté mis labios y dije a Lenin!

Loes: ¡Muy bien vamos!

Este sonrió al escuchar mis palabras, puso su brazo sobre mi hombro y así partimos. Ya en casa de este, nos posamos frente a ella; todos sudados y cansados, uno que otro se sentó en alguna piedra, haciendo con su dedo índice surcos en el suelo, ¡casi parecía realizar una obra maestra de formas suntuosas! Lenin grito con fuerza, pero algo

intimidado.

Lenin: ¡Don Braulio! ¡Don Braulio!

Aquel personaje asomo por la ventana, luciendo ante todos sus regordetas mejillas, su rostro mostraba cierto asombro, ¡Y ciertamente no imaginaba el motivo del porque aquéllos sus trabajadores llegaban a visitarlo! Un tanto arrogante gritó mientras preguntaba.

Braulio: ¡he! ¡Que hacen aquí, cuando deberían estar trabajando!

—Lenin se quedó impotente al sentir La intimidadora presencia de su patrón, a su mente vinieron todas las imágenes de cuando éste le daba ordenes y lo humillaba, recordó todas las veces que tuvo que tragarse su indignación para no ser despedido. Recordó cuando dijo que la clase alta, existía, pues eran hombres superiores y de mayor inteligencia. Repugnante le pareció a Lenin oír a aquel hombre, ¡pero aún peor el hecho de que éste lo creyese! Luego de este leve letargo, Lenin cobro nuevas fuerzas, levantó su mano izquierda y le dijo con voz fuerte y severa.

Lenin: ¡hemos venido a pedir mejores condiciones...!

—Al decir esto todos entonamos un grito, ¡nuestros ojos cogieron nuevos brillos! y Lenin prosiguió de la misma forma.

Lenin: ¡porque nuestras manos están ya cansadas! ¡Porque nuestros huesos no aguantan ya mas facturas! ¡Páguenos lo justo, y todo estará en paz!

¡Si...! ¡Gritamos todos en alto grito! Esto hizo que el viejo Braulio subiera al segundo piso, abrió la puerta del balcón lentamente, se presentó ante todos, cruzó los brazos inquisidoramente, y dijo de la misma forma.

Braulio: ¡contare de esta impertinencia sus padres! ¿porque no vinieron a hablarme calmadamente? Hablaremos de esto mañana en la finca.

Luego de pronunciar estas palabras dio la espalda a todos, y se retiró con paso aristocrático mientras tiraba la puerta tras de sí. El silencio se hizo sentir en todos en aquel momento, uno a uno se fueron retirando, con las cabezas bajas. Me dirigí a Lenin y le pregunté quedamente.

Loes: ¿que sucederá ahora? ¿Se marcharán así, sin más?

Este me miró a los ojos mientras decía.

Lenin: ¡no! Es sólo el comienzo, por hoy ha sido suficiente, cuídate Loes, ya nos veremos.

Aquél puso su palma en mi hombro, y lo retiró mientras lentamente se marchaba. Entendía pues yo lo que me había dicho, ¡Y así lo vi partir en aquella tarde! con el sol en el horizonte, y el anaranjado inundando el cielo del ocaso.

Lilith:

Llevo ya dos días sin poder conciliar el sueño, siempre pensando en las estrellas y el infinito, ¡iré a la quebrada, tengo unas ansias incontrolables de ver en la cual fluir!

Atravesé de todo el pueblo, Las personas se veían cómo zombis inertes; sus rostros desahuciados no expresaban más que la amargura de sus almas, y al mismo tiempo disfrazados de una vana tranquilidad. ¡No desee hablarles, mas si escapar de allí lo más pronto posible!

Una vez en la quebrada, ¡La vi! ¡Así tan bella y serena! de aguas claras y frías, ¡Las piedras calizas de formas elípticas parecían galaxias en un mar de éter! El sonido del agua pasando a través de ellas era sumamente relajante: ¡me llamó a sutiles encantos, me transportó a los ecos de mi propia mente, mi alma se quedó en su fluido constante, y sin darme cuenta me quedé dormida en la dulce y suave hierva!

Sueño: Era primitiva 1.

En la sabana el viento fluye sereno, El alto pasto roza mis rodillas provocando un dulce arrullo, El aire fresco como nunca lo había respirado me inspiraba a la liberación, ya sin ropas fui la Eva de ese mundo primigenio.

Vi las horas transcurrir en un segundo, y el ocaso caer sobre el cielo.

¡A lo lejos un grupo de seres en torno a la fogata!: me acerqué a ellos, ¡mas yo era como un fantasma de un tiempo ajeno! Sus cuerpos levemente encorvados, de pelaje café y rústico, el cual Los cubría totalmente, ¡sus rostros de mentones prominentes y dientes curvilíneos demostraban una conciencia efímera! ¡sus ojos sin brillo!; De miradas fijas; miraban de cuando en cuando en derredor; ¡como al acecho! ¡Como a la defensiva! ¡Era como si una inconsciente paranoia dominar a sus actos! En ocasiones tomaban una roca, con la cual rompían unas semillas, las cuales secaban en la ardiente fogata, ¡comían de aquéllas con gran placer! como si se tratase de un manjar ocasional.

Uno de ellos tenía en sus manos un gran hueso, del muslo de alguna vestía, otros lo veían con ojos curiosos, ¡casi como deseando poseer aquel artefacto!

¡Luego de un rato sus susurros guturales se convirtieron en gritos eufóricos, y golpeaban el suelo con gran frenesí! No tarde mucho en comprender el porqué de aquello; un gran personaje como ellos se acercaba, de rostro prepotente y ojos altivos, ¡La confianza de su paso era majestuosa, y sus gritos se hacían sentir por toda la sábana! Se acercó al grupo, y promulgando un alarido atemorizante extendió su mano: a lo cual los demás respondieron dándole casi la totalidad de sus semillas. Luego este gran macho observó detenidamente

al primate que tenía el hueso de fémur: este intimidado comprendió que planeaba despojarlo de él. El macho alfa se le acercó poniendo sus genitales casi enfrente de su rostro, ¡lanzo un gran grito rabioso, el cual dejó ver sus grandes dientes, y extendió su mano en señal de que se le entregase! Esto produjo en los otros gran algarabía; ¡saltaban todos! asiendo círculos alrededor de ambos machos.

Aquel: El del hueso, se levantó desafiante, retrocedió un paso y promulgó unos sonidos turbios, en señal de rebeldía. A lo que el gran macho respondió alzando su brazo derecho, ¡así como para darle un golpe mortal! ¡Aquel otro dejó ver en sus ojos la intimidación por un instante, luego los afinó prodigiosamente y echo una leve carrera a unos cuantos metros! ¡Después alzando su gran hueso con la mano izquierda, llamó al macho alfa! ¡retándolo con un grito desafiante! Todo esto mientras agitaba el hueso con gran fuerza contra el calmo viento de aquella declinante tarde. ¡El macho alfa corrió un furiosamente hacia él, mientras sus labios temblaban por la adrenalina! ¡Y el viento en su rostro cerraba sus coléricos ojos y, sus fríos dientes!

Aquel: El del hueso, ¡giró violentamente para así darle fuerza mortal a su arma primitiva! ¡Y cuando el alfa estuvo a medio metro, descargó sobre su rostro toro la ira contenida en sus años de sumisión! La cabeza del hueso azotó con gran fuerza el costado izquierdo del macho, ¡un violento torrente de dientes y sangre salió de su boca, mientras su cuello se quebraba violenta y escalofriantemente! ¡parecía como si aquella escena se congelan en el tiempo, mientras el viento atravesaba sus pelajes dándoles el último adiós! ¡Así cayó aquel! Aplastando el pasto, y hundiéndose tranquilamente en su último lecho.

¡El del hueso se acercó velozmente, y con su garrote dirigió grandes golpes al rostro del cadáver, hasta hacer a la tierra beber ríos de sangre, y perder aquel siniestro rostro de la historia!

¡Dio un gran grito victorioso, mientras golpeaba su pecho con ambos puños! Al ver aquello todos corrieron y se posaron en derredor suyo, ofrendándole las semillas; vieron sumisos a su rostro imponente, ¡mas este tomo aquellas, y las arrojó sobre el cadáver, como dando a entender que de aquél era ese tributo!

—Así desperté de aquel sueño primitivo, frente mi tenía el arroyo, ¡siempre tan tranquilo! Mas al otro lado de este vío un gran grueso de vaca, seco ya por el pasar del sol y el tiempo, ¡blanco como la luna! Lavé mis manos y cara en el arroyo, y pensé largo rato sobre aquello, mientras gotas hacían cosquillas en mi rostro. Cuando mi cara se hubo secada: saqué de mi bolso aquel misterioso diario y leí.

Diario de Imagus:

Un castillo a la orilla de la ensoñación.

¡Caminaba yo, imagus! por suelos de cristal, mis alas se extendían al acecho, en mi mano izquierda, una larga espada con la que rozaba los ladrillos del suelo; asiendo con esto vivaces chispazos, mientras me movía al son del viento. ¡Allí en una celda de barrotes mohosos!; ¡húmeda y fría!; ¡Lo ví a él!; su

cuerpo era pequeño y frágil. Sonreía perdido en sus ensoñaciones; ¡me vio fríamente con sus ojos duros y vivaces, mientras su arrugado rostro se preparaba para pronunciarme sus penas! sus grandes labios se abrieron, y así me dijeron con voz ronca y furiosa.

El duende: ¡Cárcel de piedra! Como el corazón sus paredes impenetrables, ¡hundido en la prisión! atado por la culpabilidad, ¡deseo romper mis venas! ¡Hacer ríos de sangre en la conciencia! ¡Crear el mundo bajo el precepto de mis mejores sueños! ¡Pintar la materia con colores de alegría! ¡Abrir el cofre de tesoros, y que la fantasía domine mis actos!: Mas la realidad concreta, deberé estar representada en sus formas.

Luego levantando mi espada, la arremetí contra aquellos barrotes, ¡mi espada que ostenta la insignia de la libertad! Salió este danzando; dando saltitos de alegría, ¡de aquella mazmorra hizo bella escultura! ¡De aquellas lúgubres paredes, frescos de exquisita belleza! ¡El aire no fue más calmo y muerto, la vida se respiraba con soltura! ¡Y la fragancia de ricas rosas inundaba todo con la frescura primaveral!

— ¿Quien es imagus? ¿Quién es el duende? Cerré mis ojos, mientras viajaba en mi imaginación por aquel bello castillo.

Al volver en sí, comencé a preguntarme: ¿en qué me he convertido? ¿Porque ahora mi pensamiento divaga en una llanuras desierta? ¿Porque me expreso de esta forma? ¿Podía entender mis palabras la lilith te hace tres días?

Al cabo de las horas me incorporé nuevamente, mi cuerpo fue presa de un leve adormecimiento; tal como si viniera de un largo viaje. Cerré mis ojos apretándolos fuertemente, y al abrirlos contemplé el día en sus últimos respiros. Y así camine a mi casa, a paso lento y errático, ¡El viento seca mis labios! ¡Abro puerta! ¡Entro en mi cuarto! ¡Me siento en la cama! ¡Me dejó caer lentamente! Duermo... duermo...

Loes.

Aquella tarde no ocurrió nada más en casa del viejo Braulio, un viento helado me recordó mi fragilidad humana. Al bajar del barrio arriba, a la calle Principal; contemplé a esta vacía e impasible. Vi a Lilith caminando, ¡su paso era errático, pero majestuoso! ¡bello, pero temeroso! En ese momento pensé: ¿si aquello tendría que ver con el diario de Imagus? ¡OH...! El diario. ¡Recuerdo cuando lo vi por primera vez! fui a mi loma como en otras ocasiones, ¡allí estaba, viendo al sol ocultarse tras las montañas! ¡Y allí estaba justo a mi lado! ¡Como si éste me llamara lo observé pasivamente! ¡Aunque dentro de mí, lo llamaba. Y no el a mi! ¡Al leerlo comprendí que lo necesitaba! ¡Tanto como al aire para respirar! ¡Como al agua para beber! ¡Me perdí en esos renglones, viví en su bello encanto...!

¡Al ver pasar a Lilith, comprendí que ella pasaba por lo mismo! Luego fui a la plaza, Justo a mi banca predilecta, ¡El viento me arrullaba con su frialdad! y en esta ternura sarcástica sentí la noche caer sobre mí. Las luces de los postes se encendieron, ¡allí ellos como cíclopes incorruptibles! ¡testigos de amoríos prohibidos, y de todo por cuanto corrían aquellas calles por la media noche! ¡Todo era hermoso! Antes de que lo arruinara ese maldito de Abel, ¡El muy desgraciado puso un altoparlante, como si el pueblo tuviera que pagar los gastos de su exhibicionismo!

Aunque algo bueno encontré en aquel mar de incongruencia. ¡Era Gigalmesh, que observaba pasivo, mientras Abel decía, con una sonrisa!

Abel: ¡Ho...! amados hijos, El mensaje que hoy les traigo, es un mensaje de vida, un mensaje de salvación.

— ¡en esto observó a Gigalmesh, lo señaló con el dedo índice de su mano derecha! Se acercó a él sigilosamente, creyendo que Gigalmesh ayudaría a sus pseudo argumentos, y así le dijo este.

Abel: ¡usted no sabe verdad señor...!

— Gigalmesh no contestó, y le lanzó una mirada inexpresiva. Abel no dejó que aquello interrumpiera su inspiración, y prosiguió de esta forma.

Abel: ¡porque el demonio busca la perdición de la humanidad, el causa todas las desgracias, todos los males!

— ya el grupo de gente había crecido, y vitoreaban cada una de las frases de aquel, ¡Tal como si se tratara de algún circo! ¡Como si su concepción del mundo cobrara vigencia en las palabras de este! Luego Abel prosiguió actuando como si una verdad innegable fuera a salir de sus labios.

Abel: ¡hermanos! Lo único que puede salvarnos es cristo, pues dice la palabra; el es el camino, la verdad y, la vida.

¡Así como en los tiempos de Noe! ¡Así! Esta este mundo, ¡sumido en la inmundicia, en el pecado!: ¡Arrepiéntete ahora, porque después será el crujir de dientes!

— mientras Abel pronunciar estas palabras, varias personas pasaban junto a él, dejando en sus manos billetes de alta denominación. Todo mientras Gigalmesh compartía sus verduras cocidas con un niño hambriento, que de igual forma escuchaba la prédica de Abel. ¡Esto no implica que no hubiera otros niños

indigentes en el lugar, sólo que éstos se conformaban con Victorear junto con los demás, las palabras de aquel falso iluminado! Abel después de esbozar una sonrisilla por los billetes recibidos, la cual trato de esconder sin éxito; siguió su prédica. Mas Gigalmesh me observó, y con esto me llamó a que lo acompañase, caminé hacia el y, cuando estuve a su lado, me dijo en voz baja y enigmática.

Gigalmesh: ¡todo esto desaparecerá! El mundo que ves se perderá en el olvido, ¡así como de otros sólo tenemos a recuerdo, así de este respiraremos sus cenizas! ¡Cristo bajara, mas no de los cielos, sino del colectivo! ¡Y el eco de sus palabras se perderá en un arquetipo! ¡Y volará el hombre libre, al compás de sus pensamientos! ¡Más tu camino comienza hoy! ven conmigo a mi casa, te mostraré el libro portador de estos secretos.

—No dijo más, y comenzó a caminar hacia su casa, yo sobre entendí que debía seguirle. Pasamos por mi loma, ¡la cual se veía preciosa y fresca en aquella noche estrellada! y así llamado por extraños influjos, nos perdimos en la espesura del bosque. ¡Los viejos robles y sauces se retorcían, asiendo con esto fuertes crujidos! ¡Más que tenebroso aquello me parecía una cálida bienvenida! ¡El pasto húmedo emanaba su esencia profana, combinando en ésta, el amor a la vida, y la presencia acechante de la muerte! ¡Aquel verdaceo, oscuro y profundo! recibía orgulloso los rayos leves del cuarto menguante, mientras a lo lejos, los grillos con su serenata, invitaban a la mente a bailes prohibidos. ¡Ya mi paso era lento! ¡tratando de captar cada instante de aquel paraíso singular! Una vez llegamos a aquella torre, la cual la civilización no había conocido, ¡La vimos tan imponente, Como las ideas que contenía! Entramos y, Gigalmesh me invitó a sentarme, lo hice con prisas y ansias. Me sirvió un té de hierbas aromáticas antes de sentarse frente a mí. Dio dos sordos a su bebida, y me dijo relajadamente.

Gigalmesh: ¡dime amigo! ¡Mutante del pensamiento! ¿Cuándo terminara mi visión? ¿Cuándo estarás listo para entenderme?

—yo contesté un tanto nervioso después de beber, y apretar mis labios.

Loes: ¡mas tú me preguntas! y ciertamente no se bien porque estoy aquí, no sé qué quieres enseñarme, no se porque me entregó estos viajes, ¡mas si! Que sin ellos me sería imposible seguir viviendo.

— luego de esto contestó después de agregar unas hierbas a su te.

Gigalmesh: ¿tú conoces el diario de Imagus?

— ¡mis ojos se abrieron súbitamente ante aquella pregunta! ¡mi cerebro fue inundado por descargas incontrolables! ¡sentí al mundo moverse lentamente en

torno mío, mientras lágrimas de melancolía se deslizaban por mis mejillas! A lo que él dijo alegremente.

Gigalmesh: veo por tu reacción que cambio tu alma, tal y como lo hizo con la mía. ¡Más de ella me abandonó en una tarde! en una loma susurró en mis profundos pensamientos: me rogó que la abandonase; me dijo que alguien llamaba; supe entonces que su dicha era para ser compartida. ¡Y yo juré entonces, compartir con el heredero de su legado! ¡y jure darle el néctar de mis conocimientos, mis claras aguas de alegría, los bellos secretos de la naturaleza!

— sacó un libro de uno de sus estantes, estaba este bellamente decorado. Era grueso y pesado, de antiguos caracteres; en su portada leí mientras éste lo colocaba en la mesilla: el tratado de los no mundos.

Y así este me leyó.

5. El tratado de los no mundos: los sueños de la vida.

Fue imaginaria la vida, en aquel llamado hombre, sus percepciones fueron idealizaciones de la realidad. Nombraron todo, se llamaron de mil nombres.

Mas lo que veían eran emulaciones de lo real, ¡y no implican que esta escape a la descripción! ¡Es que la descripción no podrá en sus largos matices, alcanzar todo el rango de su verdadera forma! Amigo humano, no te desanimó en tu búsqueda, solo te aliento al infinito, ¡sólo te pido no ceder ante concepciones fijas!: ¡tal como la vida es el sueño de la realidad, así los sueños son la esencia de la vida!

— después de leer aquello, mi cerebro se agito como pez fuera del agua. Comprendí que el mundo es una imagen creada por mí, ¡que la luna no es Blanca, y que tal color es una invención humana, hecha para así comprender los rayos que de ésta llegan a nuestros ojos!: mas el blanco contiene todo el espectro del arco iris. ¡Que limitados somos! En nuestra prisión de vagos sentidos, pero con mentes que audazmente ahondan en el infinito, y huyen de lo aparente, imaginando lo que nuestros ojos nunca podrán ver.

— Aquella noche regresé al pueblo, en mi interior jugaban alegremente todos los anhelos de mi alma, en mi evitación estuve alegremente con todos los sueños que había dado por perdidos. Y así dormí plácidamente.

Capítulo II.

Nuevas visiones.

Lilith.

A la mañana siguiente, mi padre tocó la puerta, con esto interrumpió mis sueños, le dije que pasara, y éste se sentó junto a mi cama, me observó por un instante y me dijo con voz cálida.

Pedro: ¡hija! Últimamente te he notado un tanto distraída, ¿qué te sucede?

— no pensé realmente que fuera notable el cambio que en mi vida había ocurrido, aquello me impresionó un tanto, y no dejé de sentir una leve alegría por ello. No dije nada y este prosiguió calmado.

Pedro: ¿tiene que ver esto con ese libro que lees? ¡Tú sabes muy bien que la Biblia es la única forma de encontrar la verdad! ¡No leas más libros extraños que podrían alejarte de la realidad!

— aquellas palabras, ¡aunque me calaron hondo! no cambiaron mi concepto del diario de Imagus. Y en voz queda y tranquilizadora, dije al rostro de mi padre.

Lilith: No te preocupes papá, solo es una distracción que tomo por las tardes. ¡En cuanto a mi conducta! ¡no tiene nada que ver con el libro! es solo que reflexiono sobre mi vida.

— Aquel me observó, y su rostro de mediana edad esbozo una sonrisa, mientras decía.

Pedro: ¡Sabes! Hace ya tiempo que no visitas la ciudad. Hoy tu tío ira para allá: cámbiate y recoge tus cosas, ¡no dudo que te hará bien salir de este pueblo!

— Y al decir esto; salió de la habitación. Aquello no me produjo la alegría de antes, y esto él lo notó. Aunque al fin y al cabo: bien me caería algo de diversión. Tome mis cosas, las subí al auto de mi tío y partimos. ¡Mi tío! Una persona agradable, siempre me promulgaba de todo tipo de atenciones, pero ese día entendió que yo no tenía deseos de charlar.

Al salir de Mitit fui absorbida por la naturaleza de en derredor, los altos pinos se alzaban casi interminables, el viento movía serenamente sus ramas; ¡hasta parecía sonar al ritmo de una tonada secreta y perfecta! El olor que entraba por la ventana del auto era de una frescura indescriptible; tanta que desee sacar mis manos, y así hacer partícipe a mi cuerpo de esa dicha, al hacer esto extendí mis dedos al máximo posible, ¡y los pinos y robles parecían sonreírme! ¡y las nubes parecían arremolinar en torno a ellos!

Al cabo de un rato pasamos por el río; sus aguas de una violencia majestuosa corrían al son de aquellas líricas, ¡sin conciencia pero constantes! ¡Parecían congelarse en el tiempo!: ¡Al cruzarlo fue como nunca haberlo hecho!, su imagen se reflejaba en todos los cerros y montañas. ¡Y bajo su arrullo mi mano durmió!, y escuchando su música mis ojos se entregaron al descanso. ¡El diario de Imagus dormía sobre mi pecho, y yo dormía junto a ella!

LOES.

Sueño: La Ciudad Muerta I.

—Estando en un bello jardín, ¡las flores bellas!, ¡pero estáticas como piedras! Frente a mis ojos un gran pozo; camino y me acerco a sus bordes de piedra: Al inclinarme, ¡esperando el agua; veo la más profunda oscuridad! Tomo sin miedo unas gradas que me conducen a su interior: Las paredes de este están frescas y ligosas, ¡y su frescor a cada paso se convierte en putrefacción! Ya en el fondo: nada es lo que imaginaba: ¡Grandes caminos de piedra caliza!, me conduje por el principal de estos; y a pocos metros la tuve frente a mí: ¡La gran ciudad se erguía imponente al margen del horizonte de llamas ardientes!

Estaba está construida de piedras monolíticas, ¡definitivamente estos portales no tenían comparación con ninguno actualmente conocido!

Y ya frente a su gigantesca puerta, ¡no pude más que sentirme un pigmeo insignificante!

¡De esta emanaba una maldad insoportable!, ¡sentí mis manos romperse al tocar sus maderos rojizos y secos! ¡Mas fue mi asombro!: cuanto al abrirse: ¡pude ver ante mis ojos los maravillosos edificios!: Torres negras se levantaban sobre las altas casas: las cuales no tenían comparación con las de nuestro mundo concebidas.

Camine ansioso por aquellas calles de piedra, abrí toda puerta y toda ventana; mas la vida hacía ya tiempo había huido de aquel lugar. Al cabo de un tiempo me dirigí a una de aquellas torres: Estaban estas elaboradas de bello mármol negro, su altura era tal; que dolía mi cuello al tratar de divisar su máxima altura. Tras ellas, y en ese justo momento, se alzaba una gran esfera de lava; que no era otra cosa; ¡si no el sol de aquella profundidad!, este excitaba con su radiación las brillantes cúpulas de las torres, maravillando al ojo con exquisitos espectáculos.

Vi entonces la entrada a una de estas, ¡mas puerta no había!, solo un agujero en la pared. ¡Entre sin pausa y sin dudas! Ya en su interior, vi como del suelo parecían salir gases delgados y fantasmales. Y unas gradas de caracol subían

interminables hasta la cima de la torre, y así me encamine por ellas con un alma de insaciable curiosidad. Ya en la mitad del camino: ¡sentí como planchas de caliente acero en cada escalón!, ¡como zarzas en cada titubeante paso! ¡Lo cierto es que al final mis muslos estuvieron a punto de estallar! Y cuando por fin llegue a la cima: Una habitación de altas repisas, de pipetas con extrañas sustancias, ¡y allí! en el centro de la instancia; un libro que parecía girar sus páginas, tal y como si el solo se escribiese. Violentamente se cerró, y de su portada yo leí: El tratado de los no mundos.

Inmediatamente una extraña fuerza me empujó, lo que me hizo caer de la habitación; y sin yo quererlo me vi cayendo al lejano suelo, ¡mi fin era inevitable!, ¡mi corazón latía fuerte!, ¡mi cerebro entregado a la resignación! Lo que hizo cerrar mis ojos, ¡y al abrirlos! a la horilla de aquel pozo me encontraba, y las flores rozaban mis pies descalzos.

¡Abrí los ojos violentamente!, Me detuve a pensar sobre aquel sueño maravilloso, traté de cerrar los ojos y así volver a dormir. Mas al hacer esto: ¡aquellas terribles e imponentes torres se dibujaban en mis parpados, ¡y extasiado de placer dormí contemplándolas!

Al día siguiente fui a trabajar como en cualquier otro: mis compañeros me contaron de la partida de Lilith, ¡Aquello me entristeció un poco! Pero cierto era que dejaba mi mente libre para pensar en mis asuntos. Lo único que interrumpía mis reflexiones era la constante voz de Fran que me llamaba.

Fran: ¡Loes! ¡Loes!

— Desperté de mi ensoñación dando un saltito, Fran me dijo.

Fran: ¡Hey! ¡No pensé que te afectara tanto lo de Lilith! pero mira que me contaron que estuviste en la revuelta junto a los jóvenes de las granjas.

— Que rápido se extienden los rumores. Pensé para mis adentros. Y así respondí a Fran eufóricamente.

Loes: Tú sabes de las aficiones que habitan en mi alma; ¡ya que al medio día!, en aquella banca me sentaba junto a ti. ¡Así por tal motivo!, ¡Imposible es para mí, no apoyar a cualquier causa que bajo la justicia se ampare!

— Ed, río a medias carcajadas y se dirigió a mí de esta forma.

Ed: ¡Ja! ¡Ja!, ¡Joder! Que hoy Loes viene medio filósofo.

— A lo que Fran interrumpió algo molesto levantando su mano derecha, en señal

de que aquel parase, y dijo.

Fran: ¡basta ya! Que Loes es nuestro amigo, ¡siempre ha respetado nuestras posiciones! Aunque no entendamos sus frases, y no nos guste la filosofía, no cambia en ningún sentido eso.

— Ed asintió un tanto avergonzado, y Fran continuo.

Fran: ¿para qué están los amigos? ¿Acaso sólo para burlarse de ellos? ¡Pues no! Si Loes ha decidido unirse a esos campesinos, sus amigos estarán a su lado.

— Luego dijo en alto grito.

Fran: ¡¿Quiénes están con Loes?!

Todos se quedaron viendo por un instante, ¡y fue magnífico el momento! Cuando cada uno de sus rostros mostró una clara sonrisa mientras decían uno a uno. ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

— Luego no ocurrió nada nuevo en aquel día, más que la fresca miel y el dulce zumbar de las abejas.

Al salir del trabajo caminaba por la calle principal, y un grupo de campesinos iban con rumbo a la iglesia, aquella junto al parque, ¡aquel hecho era tan común como detestable!

Los hombres se paseaban en sus caballos, inconscientemente alegres de no tener que asistir a aquella aburrida faena. Seguí pues a las mujeres; los niños alegres comenzaron a jugar en el parque, ¡recordaron felizmente que solo los domingos se les obligaba a entrar! Una vez dentro sus devotas madres tomaron el rosario acariciando cada bolilla de este, y repitiendo a cada instante su monótona canción:

¡Por tu dolorosa pasión...!

¡Ten misericordia de nosotros...!

¡Y del mundo entero...!

El Cristo las observaba así; Inerte, en su cruz de madera; la sangre resbalando por sus brazos hasta llegar al pecho. ¡Sus ojos de perfecto sufrimiento observando fijamente a un punto muerto!: por más que lo intenté no pude determinar qué punto era este, aunque por su expresión debía ser la puerta misma del infierno. ¡Sus pies como palos inertes escurrían la sangre de los clavos que los ataban!: de

su forma no capté piedad, mas si el deseo de comer las insaciabiles lenguas de aquellas señoras, y estas con ellas pronunciaban todas sus desventuras, ¡repitiendo y repitiendo! ¡Como si de un trabajo se tratase!, no dejaban que el silencio sonara en sus frases, ¡Ho...! Ignorancia, ¡Terrible ignorancia! Aquellas viendo el amor en el sufrimiento, creyéndose dichosas en la desgracia de un pobre hombre. ¡Salgo! No lo soporto más.

Lilith.

Mi llegada a la ciudad fue como muchas otras, mas en esta ocasión fue como si por primera vez la observase; con sus grandes edificios y calles pavimentadas. Nunca había capturado la belleza de sus naturalezas muertas, su apariencia bizarra, era tal como el caos de sus pasajes y avenidas; a lo lejos nunca dejaba de escucharse algún pitido. ¡Más sin embargo me encantaba! Me dejé cautivar por ella hasta llegar al hotel, este era uno de mediana categoría, lo que no impedía que gozara de todas las comodidades. Una vez en mi habitación; mi tío me dijo que pasaría luego para así ir a cenar.

Me quede yo sola, conmigo misma, el diario de Imagus me llamaba: ¡al verlo yo postrado sobre la cama!. Me quite la ropa, de tal forma que quede en ropa interior, coloqué la almohada sobre la cabecera y encendiendo la lámpara, y a cortinas cerradas me dispuse a leer de el.

Diario de Imagus:

La culpa acechando nuestros ojos con terribles sollozos.

¡Encontraba me yo! ¡Imagus!, llamada por sollozos y lágrimas perdidas. Entré en un bello palacio, gigantescos candelabros colgaban del techo, columnas doradas y bellamente torneadas delimitaban el final de cada una de sus paredes.

¡Mas aquel lastimero llanto no paraba!, era de tal timidez; que parecía temer ser encontrado. Conducida por este llegue a un amplio salón, finas cortinas colgaban de sus ventanas, bellos y grandes retratos de sus paredes. El suelo pulido con pulcritud majestuosa: tal era la esencia de aquel lugar; casi podía ver a las parejas mientras hacían círculos al bailar bajo su pulido techo.

Y aquel sollozo ahora tenía más potencia: lo seguí por un largo pasillo, de alfombras tupidas su suelo acolchado. Y al final de este, y tras delgadas cortinas; pude ver una luz tenue y fatua: El sollozo, que era más bien un llanto me llamaba.

Atravesé las cortinas y las vi a ellas: ¡Eran dos preciosas damas!, con sus pieles como vestiduras, sus cuerpos eran delicados, de pieles blancas y tersas; sus pechos medianos y redondos. De cuando en cuando rozaba una con sus suaves manos; los gruesos y sabrosos labios de su compañera. Ahora si creía

ver a plenitud la fuente de aquel sollozo: ¡ya que estas damas, en su amor prohibido!, soñaban con libertad.

Al cabo del tiempo mi presencia fue sentida, ¡tocaron mi espada!, ¡lamieron su frío acero!, ¡la sangre brota de sus lenguas!, ¡de sus ojos surgió la alegría! ¡Más yo me equivocaba al pensar que de estas provenía el sollozo que al inicio me llamaba!, ya que este volví a escuchar, ¡cada vez más triste era!, ¡cada vez más profundo se adentraba dentro de mí!

Las damas cubrieron sus cuerpos con delgadas cedas, y una de ellas señalaba delicadamente a una puerta: Esta a una alta torre conducía: ¡la atravesé!, y ya al otro lado, la oscuridad era tal, que casi parecía absorberme. Mas en lo alto, ¡el eco de aquel tétrico llanto me llamaba! ¡Tal como si flotase en el espacio me hube subiendo!: Una vez en sus máximas alturas: a un caballero encontré al borde de una gran caída: portaba este espada y escudo, y su armadura reflejaba a mis ojos, cada uno de los rayos de aquella roja luna. ¡Mas de caer!, este señal no mostraba, ¡sus pesadas botas casi como unidas al suelo! A no ser por su forma humana, no hubiera temido decir; ¡que de una gárgola se trataba!, y así de él volví a escuchar aquel sollozo. Su triste rostro en terribles muecas se retorcía, mientras profundos alaridos se perdían en el domo del cielo nocturno. A su lado me senté; así como tratando consolarle: más sin alma: ¡se encontraba ya lejos de toda experiencia! Una vez inmóvil como antes, colocaba sus dos manos apretando su cabeza y su larga cabellera; sus codos en sus rodillas potenciaban esto a tal punto; que pensé yo, que de su cerebro solo las migas vería. Me acerque aun mas, me coloque justo frente a él; así flotaba sobre aquel gran abismo, y el sereno nocturno movía mis ropas fríamente. ¡y así trataba de hurgar en su mirada! Las negras nubes se fueron, liberando para mí los sublimes rayos lunares. Este levanto su cabeza, su cuello se movió lentamente, como si de viejos engranajes se tratase, ¡mis ojos ansiosos de sus pupilas!, ¡y sus tristes labios anunciándome oscuros recuerdos! ¡Cuando por fin vi aquellos terribles ojos!; ¡la oscuridad cubría toda su anchura!; de pupilas no vi forma alguna, ¡sentí casi perderme!, ¡me drenaban cual sedientas sanguijuelas!, ¡cual infinito vacío! Mas le rogué, que de mi alma no tomara sustento: ¡más le pedí que llorara cual niño!; ¡alivio soy yo de tus penas!, ¡alivio soy yo para tus ojos!

Este dijo mientras su rostro se volvía a las oscuras montañas.

Odnanref: El sol irradiaba mis contornos, el follaje se incrustaba en mis botas, mi mano sobre el mango de mi espada la dominaba, y esta a mis deseos se doblegaba. Las conquistas para mi eran cotidianas y jubilosas, destrozando audazmente cuellos y pierdas. Estrellas no habían mas en mi pecho, mis risas y sarcasmos sonaban por aldeas y pueblos, damas no faltaban en mi aren de dichas.

— ¡Luego de esto de su boca se dejó escapar un alarido mordaz!, el cual hizo palidecer mi rostro de tristeza y admiración, y así continuó con lágrimas negras rodando por sus secas mejillas.

Odnanref: ¡Damas! ¡Damas! Un mar completo, ¡Terrible! ¡Terrible! ¡Irónica tortura! Pues en mi azar de victorias vacías, de malvados vitoreos, bañado en sangre de inocentes campesinos, danzando entre viseras y miembros perdidos, ¡La vi! Llorando sobre los pies descuartizados de su padre; los amaba de una forma única y extraña: ¡Mi alma murió al verla así tan perfecta e inconcebible! Pare mi negro e imponente caballo en frente suyo, mas sus ojos nunca encontré en aquel mar de lagrimas, ¡Vóltéame a ver! Le dije, y esta así lo hizo, ¡el odio de sus ojos sobre los míos era insoportable!, ¡La ame así! solo por un segundo, Antes de que ella tomara mi espada, casi como consciente de mi arrepentimiento, atravesó con ella su pecho, deslizándola hasta su vientre, ¡así como negándome su fertilidad!, ¡así como

condenándome a su desprecio! Luego saque de su bello y sutil cuerpo aquella, ¡mi mundo fue en ira perpetua!, lamí su sangre, conservando en mis labios su cálido sabor, ¡Así! Sin conciencia ni dueño, a mi ejercito sumí a pequeños trozos, sus carnes en las ramas dejé, con los caballos pequeñas chozas hice; con sus costillas de techo y sus piernas de soporte.

Al caer la tarde en el suelo mi espada enterré, y así para no ver mi obra, de cenizas mis ojos manché. Así en esta torre de ratas me alimento, bebiendo cualquier porquería que del cielo caiga. ¡No tengo alma! Y su recuerdo me pierde en la más terrible agonía.

— No comprendí para que este ser me llamaba, o su tristeza era tal, que no podía yo dejarle. Y le dije, no para consolarle, pues su castigo él deseaba, pues a fondo sabía que lo merecía.

Imagus: ¡Más por tu crimen pagas! Tú lo sabes a total conformidad; pero si bienestar para tu alma deseas, ¡aunque no total!, ¡reparador sería!, ¡pues como tú!, otros matan a tu doncella, ¡pues crimen con reparación se paga!: Salva mas de cuantos tu mataste, dáles esperanza a quienes no tienen espadas, haz que ella aparezca en cada rostro agradecido.

— Sus ojos lentamente tomaron su tono humano, pude ver sus pupilas. Atravesó la puertecilla de aquella cúpula derruida. El amanecer se hacía sentir en todos los cuerpos, ¡Un defensor había nacido!

— Imagus es inconcebible, esto fue lo que pensé antes de que mi tío tocara la puerta y así ir a comer.

Al salir del hotel mi tío se limitó a conducir, y yo me limite a contemplar las luces nocturnas por la ventanilla: Los edificios inmóviles y el auto moviéndose; por instantes vi invertido aquello; tal como si estática yo estuviese: ¡y así las luces en veloz carrera!, ¡Ho... bella ciudad nocturna!; laberintos de calles perdidas, callejones de miles hazañas. Durante la cena nada fue particular, más que charlas ocasionales y algún que otro recuerdo de Mitit.

Loes.

— Al salir de aquella terrible capilla, el frío aun calaba, y algo, algo que no logro comprender me llamaba al bosque de Nibea.

Con paso lento me conduje por las calles grisáceas, anunciando pues, el decline del día. Un pequeño y serpenteante camino a las entrañas de aquel profundo bosque me conducía. Pasé por un arroyo; al cruzarlo tropecé con un viejo hueso de vaca, y dándole un leve puntapié lo aleje de mi vista; así me adentre en las entrañas de lo incomprendido.

¡La noche calló!, ¡y la luna nueva me envolvía en su negrura!, así decidí sentarme en la fresca hierba; cerré mis ojos, y deje al ambiente penetrar dentro de mí. ¡Sentí como si mi humanidad de mí se desconectase!, el silencio me produjo un gesto de alto confort, ¡así como si cálidas corrientes me atravesaran!, ¡sonidos calmos me

incitaban a la perdición!: ¡Los grillos! Aunque los escuchaba, ¡perturbarme no podían!; ¡luces invisibles!, ¡colores imperceptibles!; y un perfecto acogimiento me transportaba a algo que hasta hoy no he podido recordar.

¡Abrí mis ojos! ¡A la distancia el amarillo de una fogata! ¡Me incorporo! ¡Dirijo hacia ella mis pasos! ¡La oscuridad tras de mí! Y la veneración frente a mis ojos.

Ya frente a ella la sensación de soledad desapareció, aunque no vi a nadie, mis ojos fueron capturados por las llamas, ¡se veían estas quietas y serenas! ¡Perfectas he incorruptibles! me acerque para obtener un poco de calor, al sentarme coloque mis manos frente a ella, mas el frio no dejaba de sentirse dentro de mí. ¡Cerré mis ojos! Y al hacerlo me sentí rodeado de extraños seres, sus cuerpos eran similares a los de pulpos, su piel escamosa y húmeda, rostro humanoide con ojos pequeños al igual que sus bocas, flotaban en el aire tal y como si en el fondo del mar se encontraran. Me observaron como a un extraño, sus miradas curiosas recorrían todo mi cuerpo, ¡más miedo a ellos yo no sentía! ¡Una incomprensible tranquilidad me envolvía! uno de ellos levanto uno de sus tentáculos, lo acerco lentamente a mi rostro, recorría con el cada uno de mis contornos, provocándome con esto suaves cosquillas. ¡Abrí los ojos! ¡Los vi frente a mí! Eran tal y como en mi mente los veía. Se comunicaban entre sí con leves pitidos; sonidos dispersos era lo único que yo comprendía de aquella platica, así estuvieron alrededor de dos minutos, y así mi expectación por ellos crecía cada vez mas. Uno de ellos se levanto; dirigió sus pequeñas pupilas a las mías, ¡Así parecía escudriñarme! No podía yo escapar de su influjo: se acerco atravesando las llamas tal como si estas no existieran, ¡Me sonrió! Y al hacerlo todos promulgaron agudos chillidos mientras alzaban sus rostros hacia las estrellas.

Yo estaba atónito, no podía por más que lo intentase entender todo aquello, y así que como ellos alcé mi rostro al cielo: mas aquello fue aun más impactante, vi como se acercaba un extraño objeto, al principio no comprendí de que se trataba, mas al verlo de cerca pude contemplar sus contornos irregulares: Era un circulo ondulante; tras del cual se acumulaba la materia con la que estaba construido. Al final comprendí que aquello era una especie de túnel; pensé en todas aquellas teorías sobre agujeros que conectan regiones alejadas del espacio. Los seres me observaron e hicieron señal de que no temiese. El pasto comenzó a temblar, las piedras a levitar fortuitamente, todo parecía estar siendo atraído al interior de aquel extraño objeto. ¡Y sin darme cuenta!, ¡Y en súbito instante! Comprendí que mis pies ya no tocaban el suelo, me introducía al abismo junto con aquellos: junto con la fogata, el pasto, las rocas y una que otra rama suelta.

Ya dentro de este el tiempo parecía congelarse, las estrellas pasaban por fuera en veloz carrera; ¡como fugases corceles! ¡Mas dentro; era como si nada ocurriese! ¡Ni por cerca pensé que en aquel momento estuviera cruzando entre galaxias!,

¡Ni por cerca pensé que aquellos intervalos fueran vacíos incalculables! Varias veces golpeé mi rostro y así comprobar que en un sueño no estuviera, mas aquello no dejaba de suceder. En mi interior la incógnita se alternaba entre la impresión. ¿Y así me encontraba en un túnel de gusano? ¿Y así aquellas que observaba eran realmente galaxias? ¿Cuán lejos estaba de Mitit?

Al cabo de media hora salimos del túnel, me encontraba en una gran pradera, aquellos pulpos me observaban: y uno de ellos se acercó, tranquilamente me observó y dijo.

Octo: ¡Saludos Loes!

-- Al principio me sorprendí por aquello, pero después analicé; que si tenían la capacidad de traerme aquí, que tan difícil les podría ser aprender nuestro idioma.

Loes: ¿quiénes son ustedes? ¿Y porque me han traído hasta aquí?

A lo que éste respondió con algo que yo interprete por una sonrisa.

Octo: ¡somos tú! ¡Y somos todos! crecimos y vivimos en la tierra, cambiamos al son de las eras, dirigimos nuestras vidas al ritmo de la selección natural. Con el tiempo nos diseñamos a nosotros mismos.

En clara expectación les dije.

Loes: ¿ustedes son humanos del futuro?

Octo: cómo ves hablar de tiempo es un tanto difícil para nosotros, pero si así te es más fácil entenderlo; te digo que sí; ¡así es!, somos el estadio de la humanidad en una escala superior de tiempo: ¡somos un resultado de la evolución!

Un tanto intrigado pregunte.

Loes: ¿pero, qué es lo que desean de mí?

Octo: ¡entendernos! Hemos cambiado tanto, que hemos olvidado quiénes somos.

Esboce una leve sonrisa y contesté.

Loes: ¡pues no se pierden de nada! ¡Absurdos dioses!, ¡absurda violencia!, ¡absurdos seres!

Octo: ¿absurdos dioses? ¿A qué te refieres?

Loes: no entiendo como no tienen registros de esto, aunque es comprensible, para evolucionar la religión ha de ser de las primeras cosas que deben olvidarse: ¡púes escuchen!; se alaba a un hombre clavado en una cruz, que fue sacrificado para que todos sean felices, ¡y eso no es todo!, su padre que está en las nubes, y que es todo amor, lo envió para que así fuera, y esto sin mencionar que era su hijo más amado. Luego este dios, que es todo piedad, amor y espíritu, pide el 10% de los bienes de vida de cada ser, el cual por cierto se quedan los intermediarios de Dios.

Octo: ¡interesante! Denota una sociedad esclavista, Pero cuéntame, ¿cada cuánto los visita el amo Dios?

Loes: ¡Ja...! ¡Nunca! En realidad, nadie lo ha visto, lo cual sería suficiente para decir que no existe, claro que hay un mecanismo para no pensar, y este se llama fe.

Octo: ¿y que es fe?

Loes: es la creencia siega en algo que no puede bajo ningún medio lógico o científico ser comprobado.

Octo: ¿y porque creen en eso entonces?

Loes: ¡no me incluyas por favor! Yo no creo en esas estupideces, no todos creemos en los dioses, cada vez somos más los que comprendemos que esos inventos han sido la causa de guerras, hambrunas y demás desastres.

Octo: ¡gracias amigo, seguiremos investigando a los tales dioses!

Cuando Octo terminó de hablar, mis ojos se cerraron súbitamente, y al abrirlos me encontraba frente a la fogata, nunca llegué a discernir si aquello había ocurrido realmente, o si se trataba de alguna extraña alucinación, lo cierto es que la fogata estaba encendida, y lo cierto es que nadie parecía haber avivado sus llamas.

Súbitamente Gigalmesh apareció entre los arbustos, me observó por un momento, y acercándose un poco a las llamas me leyó.

6- El tratado de los mundos: La dominación.

Cierto es que aquellos seres en su locura no lograron comprender el porqué de sus vidas y así cogieron de otros el sustento. ¡unos como esclavos! ¡Otros como reyes! Establecieron clases, se dividieron a quien más corrupto. Crearon leyes para mantener

su incoherencia, tomaron sus instintos para acecharse a ellos mismos. ¡No hubo en la naturaleza quien los dominase, así que entre ellos mismos se dominaron! Y no fueron ya más libres, fueron esclavos de sí mismos.

Al finalizar Gigalmesh cerró aquel libro, me observó y me dijo.

Gigalmesh: espero hayas disfrutado las esencias de estas hierbas místicas, aunque poco, algo habrás absorbido de sus vapores, por tal razón encendí esta fogata.

Y al terminar se fue tan súbitamente como llegó, así fue como comprendí la lección de aquella noche, ¡no lo que puede ser percibido es real! La conciencia es un estado específico, ligado a la confusión, divagación y de más. ¡De hoy en adelante tratare de no dar tanto crédito a mis sentidos! Así regrese a Mitit, saboreando las palabras de los no mundos.

Lilith.

Así paso aquella velada. Llegamos al hotel; tome un baño; me desnude a plenitud; me recosté boca abajo; ¡tome el diario de Imagus y me perdí completamente en sus renglones.

Diario de Imagus:

Sublimes chillidos:

Me encontraba yo, ¡Imagus! En la noche el viento soplaba calmado, el suelo feliz y tranquilo. Mas a una montaña mi alma me llamaba, se erguía esta como triángulo imponente, sus laderas verdáceas, ¡Vegetación tupida! La luna se ocultaba tras de su vértice superior, así como pasiva nodriza de mis hazañas. Al adentrarme en sus parajes una cueva contemple, su entrada cubierta de enredaderas, vallas en la base de sus portales, oscuridad en su interior. Al adentrarme las vi a ellas, ¡Ho...! Inigualables paredes, húmedas y filosas, de bordes rectos, de leves surcos, casi parecían llorar, casi parecían gritarme al rostro, ¡Y sus lágrimas! Aquella pura agua que surgía de sus entrañas, eran como ríos, como ríos de melancolía, ciertamente únicas, ¡Jamás he contemplado otras como ellas! Mientras me acercaba más deseaba perderme eternamente en su oscuridad, ¡Y allí! Bajo un viejo baúl, el cual iluminaba una pequeña vela, ¡La vi! ¡La vi! Imposible me pareció aquello, sus pequeños ojos me observaban impresionados, su pelo gris se confundía con el color de aquellas rocas, sus pequeñas patas, se suaves yemas, de largas uñas, me intrigaban en el límite de la intriga. Un chillido se dejó salir de su pequeño osico, en aquel silencio fue como retumbante estruendo, lágrimas de maravillosa impresión se derramaron por mis mejillas; aquel ser, que en su pequeña comprensión, me ansiaba desesperadamente, me llamaba inconscientemente, pero con tal fuerza que sus gritos se hacían sentir por valles y montañas. Al cabo de un instante, y de súbita forma; una cucaracha asomó de uno de aquellos rincones, aquel la cogió en el acto y de ella comió ferozmente, ¡Mas la mitad dejó! ¡Mas la mitad dejó! La ternura surgió en mí como súbito flechazo, cuanto de esta aquella mitad me dio, la tome sutil y delicadamente, comí de ella, como si de manjares se tratase. Luego de esto aquella; mi amada criatura

dió un salto de profunda alegría, giraba eufórica de placer, su larga cola gris golpeaba las paredes, temí pues que se le rompiese en pedazos. Mi corazón latía incontrolable, mis sentidos se amplificaron capturando cada instante de aquella escena maravillosa. ¡Paro esta! Lamia con su lengua sus patas, froto con ellas su peludo y pequeño rostro, y al abrir sus ojillos, el brillo se contemplaba pasivo, ¡En bello contraste el rojo y la luz! ¡El rojo y la felicidad! Por aquello no pude concederle menos que el habla y deseaba intensamente conocer su historia. En voz cálida, y en amor profundo le dije.

Imagus: ¡Habla mi amigo! ¡Cuéntame tu historia antes de que muera de desesperación!

Sus chillidos fueron para mí palabras claras, sus ojos emociones perfectas.

La rata: ¡Rincones! ¡Desperdicios! ¡Hojas secas! ¡Olor nauseabundo! ¡Nací! ¡Crecí! ¡De ratas fue mi vida! ¡Rata soy! ¡Rata seré!

Imagus: mas dime porque en esta cueva olvidada de encuentras.

La rata: de la vida e entendido, que terrible castigo es, de amigos he visto, que falsas caras ellos son, no hay aquí por tanto, que de alimento yo no pueda conseguir, no hay aquí por tanto, que de experiencias no me pueda yo llenar.

En cálida familia yo arrullado estaba, en cálidos rincones con mi madre me encontraba, pasadizos en las paredes, chillidos bajo las sombras.

Mas al hombre esto de mí no le agradaba, y consiguiendo mi alimento mi madre fue aplastada, no tuve más que de otros como yo amigos hacirme, no tuve más que de mis iguales familia formar, fiestas y comida serena con ellos no me faltase era el reto de todo día, al caer la noche como el reloj mis ojos abría, por la mañana en la cama me rendía.

Y en una de tantas, en la que yo comida conseguía, bajo felinas garras mi cuerpo se encontraría, de mis amigos sombra no vi, de mi madre el recuerdo me invadía, era su alma que me empujaba a profunda rebeldía, eran mis ojos que observaban la salida, y sin del porque mis patas yo movía, de súbita forma a la salida me conducía, y entonces desde ese día, en las montañas vivía en profunda melancolía, ¡sustento no me falta! ¡El mundo no me ata!

En aquel momento comprendí que aquel ser, aquel que mi alma llenaba de alegría, era libre, libre sin duda, y triste, triste, triste.

Imagus: Tu historia es bella, como pocas he escuchado, mas una luz te dejo en aquel costado, de ella puedes comer cuando desees, a universos te transportara, por las galaxias viajaras, tus ojos contemplaran lo incontemplado, y solo no estarás, pues otros seres como tu conocerás, mas a tu cueva cuando lo desees volverás, acerque mis labios a su alargada frente, con mi lengua su pelaje acicale, de lagrimas lo bañe, y en un viento súbito lo abandone.

— Cuándo podré amar como Imagus, cuando pensaré como ella, cuando veré con sus ojos, cuando sentiré con su alma. Y así dormí.

Al día siguiente, las paredes del hotel parecían alzarse imponentes, el mundo

parecía girar en torno mío, un nuevo día comenzaba, La ciudad me esperaba, más pensaba. ¿Que encontraría en ella ahora que todo en mí ha cambiado? ¡Salgo! De inmediato soy cautivada por sus vivaces colores, cada edificio, cada persona, todos parecen contenerse a sí mismos, cada quien en su mundo privado, se comportan como locos engranajes, cuando al juntarse en pequeños grupos giran unos alrededor de los otros, una idea de falsa individualidad los consume, no piensan en el aire, no piensan en el viento, atentos a los rótulos, hambrientos de estímulos. Sonidos desconocidos brotan de cada esquina. ¿Cómo puede ser que antes no lograra percibirlos? Me acerco al parque, está este decorado con bellos arriates, el suelo de rústicos y bellos ladrillos, restaurantes en derredor junto con todo tipo de comercios. Mas en algunos rincones mohosos y olvidados, entre la orina y el excremento, los vi, aunque en Mitit otros tantos había, aquí no dejaban de producirme asombro. ¡Niños! ¡Niños! En sus manos bolsas con pegamento, en sus estómagos vapores tóxicos, vestidos de harapos sucios y malolientes, el color de fábrica de que ellos difícilmente pude distinguir. Pedían monedas y billetes, a quien de ellos lástima pudiera llegar a sentir. ¡Y sus ojos! ¡Ho...! Perdidos ojos, sabrán sólo ellos en su narcosis en qué lugares o sensaciones bellas se encontraban, a cada instante el pegamento se secaba más en sus bolsas, se lo turnaban, como si de panes frescos se tratase. Irónico era aquello, ya que junto a ellos la casa del Dios de amor se levantaba. Entré a esta y vi cómo los pies de un santo, y en un pesado baúl, riquezas se acumulaban, ¡maldita ceguera La mía! Que de esta ciudad no pude captar su verdadera esencia, ¡maldita ceguera la mía! Que mi mirada sólo a las tiendas dirigía. Salí de aquella capilla, mis ojos temblaban, así como reteniendo cada lágrima, mas no la deje salir, ya que en mi interior sabía que aquello de nada serviría. Fui a sentarme a una banca y a medio camino un grupo de Palomas salieron volando, rápido subieron a las cornisas de aquel edificio, se escondían detrás de arcángeles y paredes tupidas. Al cabo que llegue a una banca, me senté tratando de descansar de aquella terrible agonía, contemplé el centro de aquella plaza, y en ella un gallardo jinete ser día, representaba éste lo magnífico, lo glorioso, su caballo este domada y sin vacilar éste a sus riendas obedecía. Aquel hombre representaba la Unión y la rebeldía. Mas a este nadie culto rendiría, mas este, a tales cosas se oponía, el culto para él fue causa de muerte, más las ideas no mueren, mas la esperanza no muere. Su espada apunta siempre a la victoria y su eco en aquella plaza entre los altos parlantes nadie escucha. ¡Su voz es imperceptible! Vibra a la tonada de los corazones, y cuando al final todos se unan, sonará más que cualquier otra melodía, y sonara más que los rezos de la capilla.

Dejo al héroe, aquello me inspiró un tanto, casi desee leer el diario de Imagus, mas me contuve, quise hacer mía aquella experiencia. ¿Cómo pude antes perderme todos estos detalles? ¿Cómo pude antes no escuchar todas estas almas? Claman a gritos, ¿cómo pude no haberlos escuchado? Estuve allí por largo rato llenándome de aquella magia, iba y venía, cada paso para mí eran bellas

canciones. Me dispuse a ir a comer, al hotel dirigí mis pasos, ordené un plato tradicional; con carne, frijoles, queso, arroz y tortilla. Aquella comida me cayó un tanto pesada y recostándome caí en un profundo sueño.

Sueño: Era primitiva 2.

En las faldas del los cerros. Frente a mis ojos las rocas ardientes, ¡vegetación seca! ¡un verano olvidado! Vapores brotan del suelo, es el sol de mediodía que extrae de la tierra su poca humedad, más los árboles se yerguen ordenados en los perfiles de los cerros, insectos, pájaros, todos cantando por las brisas, todos añorando su frescor. Un viento extraño y fatuo me llama, me invoca a lo alto de un pico, me dirijo a él, mis pies descalzos y suaves se hieren con rocas filosas: duros pedernales presionan mis talones, siento el calor en mis plantas, la hierba seca hunde el color de mis uñas. El camino es cada vez más inclinado me veo obligada a tomarme de zarzas y enredaderas. Me detengo descansar bajo la sombra de un árbol, su corteza dura y áspera, de grandes cascajos, me siento entonces en el rincón más perdido del planeta. Ya bajo su sombra, la hierba bajo esta conserva aún algo de verdor: la observo, capturada por los filos de sus pequeñas hojas:: en ella un saltamontes danzando inerte, sus patas largas y peludas ansían el momento de poder saltar: su cabeza se mueve atenta buscando la mejor ruta de exploración. De súbito éste salta y se pierde en el follaje, las ramas del árbol se mecen con el viento a lo lejos pareciera como si sea desbocarse el caudal de un río: más mi río ni quebrada se encontraba cerca de aquella sequedad. Me levanto como si supiese que era el momento de continuar, un tanto tortuoso fue aquello ya que mis pies al sentir de nuevo el calor del suelo inmediatamente desearon de nuevo aquella sombra y descanso. Mas aquel viento aún me empujaba, aquel pico aún me intrigaba. En ese momento extraño el hecho de que aunque traía ropas. ¿Por qué no traía zapatos? Bien me hubieran servido aquellos en ese momento. Pero al cabo de que me servía reflexionar sobre ello, para que torturarme con la idea de lo que no puedo tener.

Una vez me hube en la cima, dio un montón de rocas apiladas a manera de altar, se levantaban sobre el suelo como 1 m de altura. En la cima de aquel altar primitivo se podía ver como las rocas estaban negras debido a fuegos anteriores. Me acerqué lenta y precavida mente, aún se podían distinguir en ellas los restos de semillas quemadas: aquellas me parecían extrañamente conocidas, eran como el recuerdo vago de una vida perdida. De súbito pensé: ¡a qué antigua deidad se le ofrecían aquellas! ¡Que Dios era aquel que se alimentaba de semillas! Así fue como a lo lejos escuché sonidos de instrumentos, aquellos eran sin duda muy primitivos, algunos eran como rocas chocando, otros no pude distinguir.

Me escondí detrás de los arbustos: lo menos que deseaba era toparme con aquellos seres. Una vez éstos llegaron se posaron frente a aquel altar a levantarse

continuaron nuevamente con su extraña música. Fue allí cuando vi claramente los instrumentos de aquellos: efectivamente uno estaba conformado por rocas las que al golpear con fuerza hacían las veces de percusión. El otro era un viejo caparazón de tortuga, el cual al golpear con un palillo producía un sonido hueco aunque la mayor cantidad de aquella orquesta provenía de cantos: algunos agudos y otros bajos. Los otros como hipnotizados se dedicaban a danzar eufóricamente al son de que el ritmo redundante. Luego uno de ellos levantó su mirada del suelo tomó una gran vara manera de báculo, estaba esta pintada en blanco(me imagino que por algún tipo de carburo) casi parecía como si de algún hueso se tratase. Paso es que ambos brazos: su báculo en la mano derecha y la izquierda con los dedos abiertos a plenitud. Todos callaron al unísono, se arrodillaron y sus frentes tocaron el suelo. Claramente veía sus columnas vertebrales a través de la piel de sus espaldas, sus nalgas se habrían delante mío, sus anos vi cuando el viento movió las hojas que les servían de taparrabo.

Una vez determinó aquel pequeño ritual el del báculo, al cual llamaré el sacerdote abrió sus brazos: todos levantaron sus rostros cuando exclamó unas extrañas para. El sacerdote se acerco al altar todos lo veía maravillados, todos atentos a cada uno de sus actos. Soltó este el báculo colocándolo delicadamente junto al altar, metió su mano derecha en una especie de bolsa elaborada con ramas y paja: sacó un puñado de aquellas semillas y las colocó frente al altar el contraste del café y el negro, de las semillas y las rocas quemadas. Así dio un grito Hacia los cielos, la música comenzó de nuevo la danza amenazaba con romper las extremidades que todos. Para dar un instante de sus bolsas sacaron aves y conejos; entregaban cada uno sus ofrendas al sacerdote, el cual con un filoso pedernal cortaba los cuellos de aquellos animalillos, y con su sangre bañaba las semillas sobre el altar: el contraste entre el rojo, el café y el negro: la sangre, las semillas y las rocas quemadas. Una vez los cadáveres se les vaciaban una parte de ellos era colocada frente al altar, y otra parte iba aún las grandes bolsas que estaban junto al sacerdote. Pues éste recibía también una parte de la comida de los dioses. Sólo era de minutos para cuando todo estaba arreglado: madera y Yescas seca servirían de combustible. Las llamas se hicieron sobre los cuerpos, el humo se elevó a las alturas, la atmósfera debido el vapor de las grasas y la carne. Todos danzaban y gritaban y una vez acabado aquel banquete de dioses partieron en procesión y en perfecto silencio al irse estos no quedaba evidencia alguna de su presencia; a no ser el calor remanente en las rocas. me acerqué de nuevo al altar algunos restos de semillas aún quedaban. Casi todo quedó tal y como lo encontré: un extenso mareo me envolvió, cerré mis ojos tratando de contener el vómito inminente, sentí un espasmo en mi estómago, y cuando a satisfacerme me disponía desperté de súbito.

— Aquella comida me había caído pesada, me dirigí al inodoro y vomité abundantemente toda aquella carne, hasta podía ver las semillas de frijol

flotando en el agua del retrete.

Loes.

— Al llegar a casa cene y dormí. Al día siguiente llegue al trabajo, en la puerta me esperaban mis compañeros, se acercaron a mi y sin pronunciar palabra lo pusimos en marcha a. Habíamos avanzado apenas unos 25 m, para cuando encontramos al grupo de campesino. Lenin me observó yo respondí de la misma forma y al cabo terminó diciéndome tranquilamente.

Lenin: saludos loes, cómo estás.

— A lo que respondí intrigado.

Loes: dime ¿qué sucedió con el viejo Braulio? Y

Lenin: ¡no me menciones a ese miserable!, Después de aquel día actuó como si nada ocurriese. Entonces yo lo cuestione sobre el asunto y este sólo me respondió que en ese momento tenía que irse a una reunión en la ciudad, y desde entonces no lo he vuelto a ver.

Loes: ¿y que haremos?

— Luego de mi pregunta los ojos de Lenin adquirieron un brillo majestuoso, colocó su pierna izquierda sobre una roca y dijo alegremente.

Lenin: ¡Ja! Pues nos tomaremos la entrada al pueblo. Allí lo estaremos esperando al desgraciado, ¡qué no crea que podrá refugiarse en su casa! ¡Que no crea que hemos olvidado nuestro objetivo!

— Esboce una media sonrisa y le dije.

Loes: ! Pues vamos!

— Nos pusimos en marcha hacia la entrada del pueblo: la mañana era soleada y cálida, el polvo se arremolinaba frente a nosotros. Mis amigos y yo llevábamos unas cuantas alforjas llenas de miel, mientras que Lenin y su grupo frutas y verduras.

Ya allí nos sentamos justo en medio de la calle, así formamos un cordel humano que la recorría de extremo a extremo. De vez en cuando se acercaba uno que otro vehículo, los cuales dejáramos pasar ya que en aquel momento nuestro único objetivo era el viejo Braulio. Así pasaba el tiempo, entre las charlas y las bromas. A lo lejos vi la silueta de Gilgamesh bajo una palmera, este nos observaba

pasivamente, hice yo pues seña de ir a saludarle, más éste con su mano me dio a entender que no lo hiciese, al cabo comprendí que este deseaba observarlos, su presencia para mí fue un gesto aprobatorio, una señal de respeto hacia nuestra labor. Al pasar de las horas la expectación de la gente por nuestras acciones los hizo preguntar del porque lo hacíamos; a lo que ángel y los demás respondieron explicándoles el motivo de aquello. Algunos nos admiraban y felicitaban, otros sólo hacían gestos de desaprobación con sus rostros, así nos decían estos incautos.

Pueblerino: ¡ustedes se han vuelto locos acaso no saben que con esto perturba la paz del pueblo! ¡Miren como se acompañan de ateos y locos!

— Nadie respondió a sus palabras, aunque a Lenin no le faltaron ganas de hacerlo. Luego de que esto se fueron Fran me sorprendió de manera inesperada: cuando subiéndose una piedra, y haciendo de ella como plataforma sacó de su bolsillo un papel arrugado y dijo un tanto nervioso.

Fran: la verdad no soy muy bueno para estas cosas, en realidad siempre lo he mantenido en secreto: más ayer me sentí inspirado a escribir una poesía, no aspiro pues a que se algo filosófico como lo de mi amigo loes, pero surgió de lo más profundo de mi ser.

— Aquello me sorprendió profundamente, ¿cómo es posible que yo no hubiera detectado aquella faceta de Fran? Pero bueno allí estaba, nada me produciría más ansia que poder escucharlo, al ver este la felicidad de mi rostro prosiguió de esta forma.

Fran: bueno, explicado entonces el porqué de mis actos, continuaré.

— Entonces tomó aquel papel en sus manos, lo levantó a manera de ocultar su rostro y dijo:

Sonidos en el horizonte.

O... noche de tristeza,
O... sublime esperanza,
¡Es el vino! El que mi alma adereza,
¡Es la luna! El brillo que me despereza.

¡Sonidos a lo lejos!
¡Sonidos en el horizonte!
¡El sol! Rayos de sutiles consejos,
¡El día! Se pierde en bellos reflejos.

Libertad del alma consorte,
¡Conejos en el campo!
¡Es el vino! ¡Es el vino!
¡Son tus ojos! mi dulce encanto.
Apasionada luz
¡Vamos a la lucha!
¡Sol de soles! ¡Mar de mares!
Horas, segundos e instantes.

¡Sonidos a lo lejos!
¡Sonidos en el corazón!

— Después de leídas aquellas frases de Fran, se sintió un bello silencio: más luego los súbitos y eufóricos aplausos. Era este poema el alma de aquella lucha. Fran se sentó: nadie se acercó; todos sabíamos pues que para el hacer aquello fue muy difícil.

¡Oh...! ¡Cuánta alegría nos había producido aquello! Luego de aquellas frases inspiradoras y su silencio posterior: vimos cómo a la distancia se acercaba el auto de don Braulio. Los corazones de todos palpitaban rápidamente. El fin de todo aquello llegaba a su clímax. Nos paramos pues todos: más aquel no daba señal de bajar su velocidad: era como si el viejo Braulio apostará con nosotros a quien tenía más valor. Aquí fue cuando Lenin dijo gritando.

Lenin: ¡no desistan! ¡No teman! ¡Ya no obedeceremos al maldito de Braulio!

— Con estas palabras todos cogimos nuevas fuerzas, y con rostros severos y ojos fijos veíamos al viejo Braulio acercarse. A sólo medio metro de nosotros, aquel carro nuevo y reluciente se paró. Lenin advirtió entonces que tal reunión no existía, y que el viejo este sólo había ido a comprarse un auto nuevo.

La cólera se hizo ver en los rostros de todos: a Lenin le brotaban pequeñas y vivas venas de su frente. ¿Cómo es posible que a éste miserable le parezcamos tan insignificantes, que nos dejara en último lugar? Cómo es posible que una simple compra sea más importante que las personas que producen su dinero.

— El viejo Braulio bajo de su nuevo auto, y grito de esta manera a todos.

Braulio: ¿¡qué les pasa!?! ¡Quítense del camino! Ustedes se han vuelto locos.

— Y así continuó con sus quejas, fingiendo no conocer el motivo de aquel acontecimiento, dijo.

Braulio: ¿y ahora que pasa!? ¿Por que bloquean el camino?

— Una vez dicho esto, todos observamos al rostro de Lenin, así como esperando una respuesta, y sin atrasarla mucho tiempo este dijo.

Lenin: nos escuchará señor Braulio, lo desee o no.

Braulio: hablar es lo que quieren, yo siempre he estado abierto al diálogo, miren, quítense de la calle, me dejan almorzar y hablamos por la tarde, ¡pero allá! En la hacienda, ¡no aquí!

Lenin: bocado no probara usted ni nosotros, sino antes de haber discutido nuestros asuntos.

Con esto le digo que no almorzara, ni llegara a su casa hasta que lleguemos a un acuerdo.

— El viejo Braulio apretó sus finos labios, y movió su cabeza en señal de desaprobación y resignación. Pues de que le servía enojarse, si la estación policial más cercana estaba a 100 km de allí.

Braulio: esta bien, hablen; digan que es lo que quieren.

Lenin: como usted sabe señor Braulio, las cosas en Mitit han cambiado mucho últimamente. Los precios de los productos suben cada vez más, pero nuestros salarios siguen igual. Y esto a pesar de que trabajamos más, ¡mucho más!

Braulio: ¡pues bueno, yo contra eso no puedo hacer nada! Como saben la situación ha estado muy crítica. ¡Un aumento de salarios sería insoportable para una empresa pequeña como la mía!

— En ese momento todos lo observamos sarcásticamente — que ironía dar este tipo — pensamos. Y Lenin le respondió muy alterado.

Lenin: ¡ah sí! Y cómo es que tiene para autos nuevos, acaso cree que creemos en sus mentiras.

Braulio: ¡pues si no les gusta son libres de irse a trabajar a otro lado!

Lenin: ¡ja! ¡Eso es lo único que puede decirnos!

Braulio: ¡sí! ¡Eso es lo único que tengo que decir!

— Lenin cerró los ojos por un instante, así como tratando de contener su ira, y

dijo mientras bajaba la cabeza.

Lenin: déjenlo pasar muchachos, ¡ya habrá otro momento para arreglar este asunto!

— Todos en aquel momento desaprobamos aquella acción, más al poco tiempo advertimos que Lenin tenía algo planeado. Partimos entonces a nuestras casas. El viejo Braulio encendió su auto, y a toda velocidad se perdió en la distancia. Yo sabía que Lenin era un hombre de paz, pero para nada un tonto. ¡Ya veremos pues en que termina todo este asunto! Voltee mis ojos a la palmera para ver si en ella aún se encontraba Gilgamesh, pero éste ya había desaparecido. Así que sin más yo también me fui para mi casa. Mi estómago crujía del hambre. Al llegar a esta mi madre me dijo un tanto angustiada.

Sofía: ¡hijo! Sabes bien que no me meto en tus asuntos, pero esto de la toma de calles y las revueltas, es un asunto muy peligroso, ¡creo que mejor deberías alejarte de esas cosas!

Loes: no te preocupes mamá, todo estara bien, ¡ya es hora de que en mitit las cosas tengan un giro para mejorar!

— Ella me observó muy angustiada, y se fue a la cocina. Yo llevé la comida a mi cuarto, comí, y luego me entró mucha pereza, me recosté en la cama un rato, y viendo unas bellas flores por la ventana me quede dormido profundamente. Este día había sido muy cansado, ya era hora de descansar, descansar, descansar.

Sueño: la ciudad muerta dos.

— Me encontraba en un bello jardín !es otoño!, las hojas secas y cafés caen lentamente de las copas de los árboles. Un viento pasa súbita y fuertemente, haciendo caer aún muchas más de ellas. La hierba seca y puntiaguda se despedaza bajo mis pies. Las flores marchitas apuntan sus negros pétalos hacia el suelo, y uno que otro vuela jugando con el viento. Aquí es cuando frente a mis ojos aparece aquel pozo, ¡lo recuerdo! ¡Ya he estado en este lugar! Me dirijo a el, las piedras de sus paredes siempre tan desiguales y disconformes; sucias y mohosas. ¡Las toco y su aspereza me perturba profundamente!: al deslizar mis dedos sobre ellas es como si quemarán mis yemas; al apretarlas de mis manos brotan callosidades. ¡Tal como si hubiera caminado kilómetros con ellas para colocarlas en aquel lugar!

Penetró pues en aquel profundo pozo, y a su negrura infinita, cada paso que descendiendo por aquellos podridos escalones de madera, eran como siglos que pasaban. Mis carnes se arrugaban, y mi semblante decaía. Ya una vez en el fondo

de aquella cripta olvidada, me conduje por un túnel de piedra; en éste se encontraban dibujados frescos primitivos, los cuales eran iluminados por antiguas antorchas: más aquellos no eran dibujos comunes, y en su mayoría estaban compuestos por varios signos y figuras geométricas. Aquel túnel me parece interminable, y entre más me adentraba en el; lo que estaba tras de mí se perdía en la total oscuridad. Aceleré entonces mi paso, mi corazón comenzó a palpar, hasta que mis piernas se alargaban. Corría pues yo desahuciada mente. ¡Tras de mí extraños ecos! Ecos, ecos.

Hasta que al fin divise una candente luz roja, aquello no era muy alentador, pero seguro era mejor que aquella terrible oscuridad. Una vez me hube fuera; la situación se volvió horriblemente maravillosa. Volcanes activos hacían las veces de montañas, lava líquida era lo más parecido al agua de aquel lugar; Ríos, Ríos de lava.

Tome un camino el cual estaba formado de piedras negras y redondas. Y una vez me hube al final de este comencé a recordar. La gran puerta de madera roja se levantaba frente a mí.

Recordé la gran torre, el libro misterioso, y la súbita caída que me había expulsado de aquel lugar. Más ahora todo esto era diferente, la actividad volcánica se había incrementado notablemente. ¿Y aquél sol de metal fundido? ¿Dónde estaba? La gran puerta se abrió de súbito, y me dejó ver el interior de aquella ciudad perdida. La soledad era la misma que encontré la última vez; las casas altas e impecables, los edificios imponentes y serenos, sus torres negras y brillantes. Me propuse pues recorrerla calmadamente, ¡por ningún motivo penetraría de nuevo en aquellas Torres malignas! Caminé alrededor de media hora, y entonces me encontré en el centro de aquella ciudad del mal; este era similar a un parque, con bancos de piedra en cuyos respaldos estaban esculpidas caras aterradoras, y al ver más de cerca sus braceros; éstos parecían largos brazos esqueléticos, los cuales terminaban en garras filudas y siniestras. Frente a mí una gran fuente; la lava fluía por ella tal como si de agua se tratase: mis ojos fueron cautivados por su fluido constante, los chorros que caían por cada uno de sus pisos eran como finos gusanos de energía, ¡potencia de potencias! ¡Masas de malignidad! A lo lejos escuché tambores grandes tambores que se expandían como ecos en aquel domo gigantesco. ¡Nada bueno debía de avisarme aquello! Fue entonces cuando por el horizonte este, vi salir a aquella gran masa de metal fundido; más esta había aumentado considerablemente su tamaño desde la última vez que la vi, su calor quemaba mi perfil derecho. El dolor se hizo sentir, más daño en mi piel no hubo ninguno. Entonces fue cuando advertí que a mi lado se encontraba un gran hombre, estaba este vestido todo de negro, y su cabeza envuelta en una siniestra capucha. Aquello me produjo algo de miedo y asombro, ¡pero de qué servía huir! ¡Si en su tumba es donde yo me

encontraba! Dirigió éste su rostro seco y muerto hacia el mío abrió sus finos y rajados labios y me dijo con voz ronca y fría.

Vaco: ¡saludos viajero!

— Mis ojos fueron presa del miedo, y de arco reflejo contesté tembloroso.

Loes: ¡saludos!

— Este no expresó emoción alguna, difícil me sería pues creer que tenía algo parecido a las emociones.

Vaco: ¡esta ciudad es el eco! ¡Es el paraíso de las almas melancólicas! ¡Aquí hay conocimientos, muchos conocimientos! ¡Y dolor! ¡Mucho dolor!

— Armándome de valor respondí.

Loes: ¿qué tratas de decirme?

Vaco: el hombre en su ignorancia ha creado este lugar, como vez está vacío, así como los sueños de los incautos.

Loes: ¡y porque el fuego! ¡Y porque el infierno!

Vaco: es lo que temen, es lo que tienen dentro de sí. Más este lugar no fue siempre como lo vez, o al menos no debería de ser así.

Loes: ¿pero porque hay casas? Pero no hay gente.

Vaco: no hay nadie, porque alma no tienen: ¡si alguna vez este lugar se llenara! Las flores surgirían, el viento llenaría todo de su frescor y alegría.

Loes: ¿pero y como se logra tal cosa?

Vaco: ¡encuentra tu alma! ¡Encuentren su ser!

— En esto todo se sumió en la total oscuridad, parecía pues que si hubiera apagado él bombillo. Desperté un tanto sobresaltado, más aquella experiencia me había dado mucho para entender. Así volví a dormir; con el alma tranquila y el cuerpo relajado.

Lilith.

— ¡Ese fue sin duda el vómito más horrible que había visto! Así que saqué de

nuevo diario de Imagus para así quitarme el mal sabor de boca.

VII diario de Imagus.

— Encontraba me yo, Imagus: danzando en un helado bosque, la neblina me cubría hasta la cintura. Me dirigí entonces a un poblado. En éste la gente caminaba alegre y sonriente, los niños con sus balones, los adultos sentados en las bancas. Me muevo pues por aquellas calles oscuras; pálidas y sombrías. ¡Llego al parque! Iluminado este con candiles y faroles, van y vienen las personas. La yerba gris debido a los rayos que la luna; aquello me paraliza, ya que de sus almas rastros yo no veía. Preocupados ellos por absurdas causas, inconscientes de absolutas consecuencias. La capilla frente a mi; de ella emanaba luz, y yo la penetro sin causa. La gruesa puerta de madera, ¡antigua y carcomida! Ladrillos grandes bajo mis pies, ¡pálidos y gastados! Las bancas en perfecto orden, en las paredes retratos de santos, jecos de pleitesía! Me hundo pues en aquel ambiente añejo, de colores antiguos; ¡emotivos y sutiles! Más allá gritos habían, alaridos de pasión y angustia, recuerdos de sangre y agonía; de sacrificio y melancolía. Me acerco a una joven, esta travestida muy humilde, su cabello suelto recorre toda su espalda, sus ojos cerrados en profunda reflexión. Más ésta aprieta sus manos con fuerza a tronante, las une al orar, tal como si estas nunca fueran a ser separadas. Más nos pide felicidad, gozo o alegría. Con su ojo interno desea contemplar dulces maravillas. La llamo y le pregunto su nombre. Me escucha, y sus labios sonríen, así le dijo, así la cuestiono.

Imagus: ¿por qué vives niña, en este mundo efímera alegría? ¡Dé tus palmas brotan, rayos de energía!

Cristin: ¡vete! Espíritu de rebeldía, ¡vete, alma de lujuria y anarquía! En mi mundo sólo existen Dios, Dios, Dios y el amor de Dios.

Imagus: ¿y porque me llamas? ¿Y porque tus ansias? ¿Para qué cerrar los ojos acariciando el infinito? ¡Para qué si a efímeras creencias rindes pleitesía!

Cristin: ¡no sé porque deseo lo que no debo tener! ¡No sé porque te llamo, si de ti nada debo absorber!

— Aquella mujer terrible su ceguera era, pero en sus deseos, bella y brillante como debería ser.

Imagus: no puedes negarte a tu deseo, ¡atrapa a ese Dios en un baúl! ¡Asfíxialo hasta la muerte!

Cristin: ¡pero si él me ama, y yo le amo a él!

Imagus: no se puede amar lo que no existe, y lo que no existe, es incapaz de amar la existencia. ¡Dime pues! ¿Que haces aquí?

Cristin: nací bajo los cálidos brazos del cristianismo: la Biblia fue para mí el cuento de antes de dormir, diariamente asistía a esta la iglesia de mis padres, corillos y sermones eran la alegría de mi corazón. Los versículos dados por el padre adquieren una magia sorprendente. ¡Amor y compasión! Así eran aquellos versículos, así era aquella fantasmagórica idealización.

Mas un día el amor llego a mi vida. Así lo veía y lo soñaba, ¡así, frente al pulpito tocando melodías al señor! Su rostro era alegre y compasioso, sus manos delicadas y perfectas. Su piel morena hacia el más bello contraste con las paredes amarillas, ¡y aquellos ojos chicos!, ¡felices!, ¡llenos de regocijo! Labios tan bellos como los de mí amado no habían: sus labios finos me tentaban a entregármele por completo.

Todos los días antes de dormir oraba a mi dios, le pedía por su salud y por la mía, ¡Ho! como le pedía a mi dios cosas vanales, ya que a ruegos le decía que me lo entregase como esposo: hasta casi me veía junto a el: la casa bella y confortable; yo preparando la comida, y el viniendo del trabajo: él se acerca por detrás de mí, y me abraza rodeándome por completo: yo rio, y me volteo, y así nos besamos, ¡así tan enamorados! ¡Ho, mi vida! ¡Cómo te amo!

— Y así transcurrían mis ensoñaciones antes de dormir, hasta que el cansancio me vencía y mis ojos se cerraban.

No podre olvidar jamás lo ocurrido en aquel terrible jueves, el se sentó en las bancas de enfrente; con su mano izquierda apretando un pañuelo blanco, y en su derecha la mano de ella, ¿Cómo es posible mi amor que no estés conmigo? Casi llore al contemplar aquella escena, pero lo más terrible es que él no era consciente de mi dolor. ¡Tan poca cosa soy, que no se percata de mi existencia! Voltee a ver el rostro de ella, este resplandecía de felicidad, o al menos eso fue lo que percibí en aquel momento. De mi afloraron la envidia, los celos, y el odio.

¡Que hice contra mi dios para que me castigase de esta manera!

Tantas ideas pasaron por mi mente en aquel momento, ¿y si me hago monja? ¡Si! ¡Eso debo ser! una monja, nada podrá ser más bello que entregar la vida al señor. Ya que mi pecado ha sido grande. ¿Cómo tuve la osadía de pedirle un hombre?

— y así pasaron los meses, la boda de mi amado y mi odiada se efectuó, lo peor es que estuve allí, viendo como unían sus almas para siempre. ¡Casi veía ángeles cuidándolos!, ¡casi sentía demonios apoderándose de mi ser! desde ese día no

entiendo lo que sucede en mi: aveces siento el amor de dios profundamente, y otros la mas profunda agonía: es como si vientos oscuros acariciaran mi cuerpo, he hicieran morir a dios dentro de mi. Absurda me parece la vida, tortuosa la existencia, estúpida la idea de un padre. Seguro es el viejo Satanás tratando de llevarme al buen camino: aunque a veces siento que solo soy yo, ¡yo! I mis propias ideas, ¡yo! Y mi razón dictándome el pensamiento y la actuación, ¡el bien y el mal!, ¡el odio y el amor!

Solo en estas noches de oración es que puedo encontrar un poco de paz.

Imagus: tu historia es un total absurdo, no tiene sentido el tormento que sufres: te consume la pasión y el deseo, ¿crees acaso, que con oraciones vacías, y a dioses vacios podrás encontrar la paz? ¡No! La paz está dentro de ti: ¡Toma la daga y mata a tu señor de incoherencia!

Cristin: ¿pero cómo? ¿Cómo termino el amor que por el brota dentro de mí? ¿Dónde está la daga de la que me hablas?

Imagus: La daga es el razonamiento, ese que a veces vez perdido y ajeno a ti, así veras que tal amor no existe: Ni a izquierda ni a derecha: Ni en ti, ni en el. ¡Aquí está mi espada! ¡Aquí está tu libertad! Bebe sin miedo de las claras aguas de la razón, arma tu mundo con los bellos pinceles de la imaginación.

Cristin: ¡Dámela pues amiga! ¡Aquí terminara mi dolor!

— Tomo ella pues mi espada, con su lengua lamio su fino filo, cerro sus ojos aun con más fuerza, y lagrimas limpias corrieron por sus mejillas.

— Me fui de allí, la vida de aquella era aun un punto incierto, claro es que algo había obtenido aquel día, mas su destino ni ella lo concebía.

— Así pase toda la tarde en el hotel, cierto es que esta parte del diario de Imagus no era del todo sublime, pero cierto es también, que otros mensajes en esta puedo obtener. Vi televisión toda la tarde, hasta que cayó la noche: ¡perfecto era ese momento para dar un paseo por la ciudad!

— Al salir del hotel decidí caminar hasta el parque, las calles vacías se abrían delante de mí, ¡todo era tan silencioso! Hasta podía escuchar la electricidad que corría a través de los postes de alumbrado. Caminaba lentamente, acariciando con cada paso el suelo bajo mis pies. Así fue como vi a un viejo a la orilla de la calle, estaba este bajo la luz de un poste, a su lado un saco sucio y lleno de cosas aparentemente inservibles. Sus zapatos sucios y rotos dejaban ver sus dedos negros y callosos, su rostro frágil y arrugado, su mirada perdida en los

adoquines de la calle. Así fue como note un cuaderno lleno de anotaciones entre sus piernas; ¡Ho...! que secretos habría en aquellas páginas olvidadas por el mundo. Seguí mi camino, seguro a aquel lo menos que deseaba era compañía. Al cabo de un rato llegue a las cercanías del parque, y allí bajo un viejo árbol estaba un joven muy atractivo: ¡El me observo! Yo me senté a su lado y le pregunte suave y tímidamente.

Lilith: ¿Quién eres?

String: mi nombre es String, y tu cómo te llamas.

Lilith: Lilith.

String: ¿Y de dónde eres Lilith?

Lilith: Vengo de un pueblo llamado Mitit, es un lugar bello y tranquilo, donde todo pasa al son de la cosecha, al ritmo de la siembra y el cantar de los pájaros.

String: ¡Hey! Que poética tu descripción. Pues yo soy de aquí, de esta ciudad podrida y putrefacta.

— Aquel joven me maravillo con sus profundos ojos azules, ¡Azules como el mar! ¡Que rostro tan bello! ¡Que alma tan pura!

String: Bueno Lilith, mucho gusto en conocerte, ya es hora de marcharse: Adiós.

Lilith: Adiós String... espero nos volvamos a ver.

String: Pues estaré aquí mañana a las siete, si quieres puedes acompañarme.

Lilith: Esta bien amigo, nos vemos mañana.

— Así partió aquel, aquella platica aunque breve fue majestuosa, seguro mañana podríamos llegar a algo.

— Después de aquello fui a mi hotel, ya nada podía ser más emocionante que lo que acababa de ocurrirme.

Capítulo III.

Gigalmesh.

— ¡Ho vida... porque me torturas con tu paradoja indescifrable! ¿Por qué los pájaros cantan? ¿Por qué las flores sonríen? ¿Por qué los ecos en las montañas?

Regreso diariamente a mi morada, no sabiendo si esta es una casa o una prisión:
¡Prisión de ideas! ¡Prisión de elegante astucia! De esposa tengo mis artes
nocturnas, como besos. ¡Los vapores eternos del vacío! Como hijos; ¡los cálidos
rayos de una razón profana!

El tratado de los no mundos es mi salmo diario. El diario de Imagus mi recuerdo
más sagrado. Así fue como desahuciado por mi soledad, me adentre en los
valles: ¡valles profundos de incalculable dolor! Mescle de todas aquellas mis
hierbas predilectas, y viaje... y viaje....

— Encontrabame en un pueblo de la edad media, el sol golpeaba mi perfil
derecho con sus gracias serenas. Aquellas casas humildes y honestas; de puertas
rusticas, de marcos ondulantes; aquellas paredes de adobe blanquecino, de
pesadas formas. ¡Ho... casas tan bellas! Como desearía habitar en vosotras, como
quisiera que el sol me recibiera dentro de vuestro útero. Luego abandoné a estas
mis añoradas amigas. Tomo una vereda hacia las montañas: la gente pasa junto a
mí y me observa inquieta: ¿Cómo pues, no podría yo ser extraño a ellos? Camine
y camine, hasta que mis viejas piernas no aguantaron más. Me senté junto a un
arbusto: ¡si que se veía hermoso el pueblo desde allí! Con sus pequeños techos, el
humo saliendo de sus chimeneas.

Asi fue como de aquel arbusto vi salir dos gusanos: uno de ellos era blanco como
las perlas, y el otro negro como la noche. Y sin saber yo del porque; comenzaron
a hablarme de esta forma. El gusano blanco dijo atentamente.

Whiter: ¡Hola viajero! No me interesa tu nombre: llamado soy por la naturaleza;
la visión, viajo por tuneles de entendimiento. Mi vida transcurre entre el
esclarecer y el alimentar. Naci pequeño cual semilla de moztaza; construyo al son
de la luz.

En calido castillo yo vivía,

La calida tarde en mi resplandecía,

Mas un eco, a la montaña me conducía,

Y asi en verde pasto yo me encontraría.

A la naturaleza llamo en sutil melodía,

Al rio voy con cantos de alegría,

Mas no había, ni de noche, ni de dia,

Pensamiento que en mi, albergara lejanía.

— Asi fue como el gusano negro interrumpió con voz atemorizante y corrugosa.

Blacker: Saludos viajero de agonía, vivo en el barro y la anarquía.

En casa humilde en armonía estaba,

No había en ella, ni sirviente, ni esclava,

En las noches, a las estrellas observaba,

Mientras esta misma mi cerebro agobiaba.

¡A las montañas fui!,

Y a ellas serenata otorgaba,

¡Y allí le vi!,

Cuando a la luna se entregaba.

Es aquel que tu vez,

Aquel con mi esencia robada,

Se mueve, cual humilde pez,

Pero en sus ojos, la envidia asechaba.

— Entonces Whiter contesta sagazmente.

Whiter: ¡Ho viajero! Escuchame a mi y no a el.

Mas sis us ecos yo soñe,

No implica que yo no desee,

Ya que en el fondo yo cree,

Lo que el dice, yo le robe.

Si mi vida yo abandonee,

No fue por egoismo ni desden,

Ya que este cuerpo, el que tus ojos ven,

Fue producto del sueño que añore.

Convencete pues que soy cual bebe,

Ya que los ojos de mi madre yo contemple,

No es que mi vida no desee,

En que sin saberlo aqui me encuentre.

— Entonces Blacker continuó su relato un tanto contrariado.

Blacker: ¿A quien tu crees?

Acaso vez en sus ojos vejez,

La de el es, sabiduría al revez,

Ya que su alma es,

Desde siempre, pura embriaguez.

— Entonces se dirigió a este su compañero blanco. Y con ojos brillosos le dijo.

Blacker: ¡A ti te digo!

Cierto es que me acompañas,

Cierto es que eres una azaña,

Como pudiste entrar a mi cabaña,

Es que en tu castillo, ¿alguien te engaña?

— Entonces el blanco le dijo apasionadamente.

Cuando fui humano en conformidad estaba,

Pero esta montaña era,

Lo que yo en pensamiento monitoreaba,

Y así yo te deseaba.

— Aquellos dos se vieron al ojo, y el negro le respondió vívidamente.

Más te perdono,

Más no te abandono,

El suelo es abono,

De nuestro abandono.

“nos tenemos a ambos”.

— Aquellos se perdonaron en aquella tarde, comprendieron que la dicha de la que gozaban debía ser compartida, ya que no hay retiro completo, ya que no hay conocimiento que otro no pueda reconocer.

El efecto de aquella droga decrecía, más yo deseaba de aquel arbusto poder partir. Cuando volviera, volvería, y mi camino más adentraría, ¡Despierto!

Aquellos valles quedarían para siempre en mi memoria.

Salgo de mi casa, en la parte trasera tengo una bella huerta, ¡voy hacia ella!, ¡Veo las pequeñas legumbres crecer!, ¡su verdor implora frescura! ¡duermo junto a ellas, y bajo las estrellas!

Despierto no después de mucho tiempo. Al ver hacia el frente, veo una extraña formación de rocas – es extraño que estando tan cerca de mi casa, no me haya percatado de su existencia – ya una vez me hube frente a ella: vi que en realidad esta era la entrada a una cueva, ¡solo una curiosidad gigantesca podría persuadirme a entrar!: ya que la oscuridad de aquel sitio era infinita. Una vez estuve dentro, vi como no era del todo oscura, ya que esta estaba habitada por extraños insectos, los cuales, a manera de luciérnagas, iluminaban las paredes con una luz suave y pálida. Alentado entonces por un valor extraño, me adentre aún más en sus parajes, el suelo de aquel lugar era áspero y sólido, las paredes de formas abultadas y húmedas. No supe entonces del porque el suelo se encontraba seco, ya que del techo colgaban grandes estalactitas: Es como si el agua huyera de aquel suelo maligno. Al cabo de un rato advierto que las suelas de mis sandalias son consumidas por aquella sequedad, se asemejaban esas a babosas, cuando al ser rociadas con sal, se reducen al olvido. Advertí entonces que me quedaría descalzo, que las plantas de mis pies serían presa de aquella

salinidad tenebrosa. Decido pues acelerar el paso – talves si era lo suficientemente rápido, podría escapar de aquel terrible destino - ¡corri! Y ¡corri!: A cada paso agitado sentía como si pequeñas voces aclamaran frases en mis oídos; aquellas provenían de las paredes: Algunas me alentaban, otras me condenaban. Estas eran, ¡constantes! Y ¡constantes! Sin advertirlo me encontraba yo corriendo sobre una humedad viscosa, es como si aquí se compensara la humedad que antes encontré. Me detuve un rato a descansar, el peligro parecía haber terminado, los insectos de aquí dentro eran aún más grandes que los anteriores, y al observar más a fondo a aquellas paredes, advertí extrañas pinturas en ellas: eran duendes y hadas, las que allí estaban representadas. Extraño me pareció que la humedad de aquellas paredes no haya borrado estas antiguas pinturas. Me detuve a contemplar estas más de cerca, los duendes jugaban junto con las hadas, hacían círculos alrededor de la fogata: cocinaban lo que parecía, era un gran cerdo, mientras en una mesa contigua muchos niños comían de grandes manjares. Así fue como del fondo de la cueva escuché una extraña risilla, me imaginé entonces a uno de aquellos duendes riendo por alguna picardía. Me adentre aún más y el agua de las paredes comenzó a secarse, así como el líquido bajo mis pies. Me encontré entonces frente a una puerta de piedra, estaba esta tallada con antiguos conjuros, los reconocí al instante: era magia profana, la cual vi en unos libros antiguos. Abro la puerta recitando tales frases, y contemplé la idealización de mi pronóstico, el viejo y regordete duende se encontraba sentado en un pequeño trono. Antorchas iluminaban aquella habitación, hagas acariciaban sus cabellos y orejas, éste sólo reía, ya que nervios el erógenos se encontraban en todos los surcos de su órgano auditivo. Instantes después este advirtió mi presencia: me observó directo a los ojos, mientras sus mejillas bajaban, y su rostro entraba en una seriedad paralizante. Me observó detenidamente para luego reír y seguir disfrutando, tal y como si yo no hubiera entrado a aquel lugar. Cansado pues por aquella indiferencia le dije firmemente.

Gigalmesh: ¿por que me ignoras? ¿Por que me reduces a la nada?

— Este me observó nuevamente, y achicó sus ojos, tal y como si un ser insignificante fuera él que le hablara, se quedó quieto otro instante, y dijo felizmente mientras movía sus brazos desordenadamente.

El duende: ¡humano eres! ¡Humano serás! ¡Más! ¿Que haces en este lugar? Si tú deseo es, el poder a mi entender, seguro es que en eso fracasaras. Nuestras almas son muy diferentes, dentro de mis ojos no existe la maldad, ya que esta es propia del hombre, ya que éste no vive en hermandad, su vida es: tener y ser. ¡Ser! Es así que se evalúa, en un base a lo que posee, por tanto este es vanidad e ignorancia. Así este entierra su humanidad, así es como en su alma acoge la maldad.

— Así comprendí que aquel hombrecillo hablaba con verdad, ya que el en esta

profunda cueva irradiaba felicidad. Aquellas hadas con él estaban por pura bondad, así le respondí temblorosamente.

Gigalmesh: ¡cierto es que hablas con verdad! Más si como ellos igual soy, no por dentro mi alma como ellos es. La soledad y el retiro me acompañan, no rindo culto a sus tontas patrañas.

— Este contestó con una voz profunda y relajando sus brazos.

El duende: más si mis secretos conocer deseas, comprobarme deberás que a sus ritos no rindes ninguna admiración.

— Entonces las hadas tomaron sus dedos índices, los arrancaron de su mano, más fue mi asombro al ver que no sufrieron dolor alguno. Aquellos se convirtieron en dos pequeños maderos, el duende los tomó y me dijo tiernamente.

El duende: toma estos trozos de natura, son las camas en las cuales duermen las hadas por las noches, y las balsas que conducen a los niños al país de los sueños.

— Le pregunté entonces el porque de aquello, y este me respondió tranquilamente.

El duende: colócalo bajo la talla del Cristo, haz que la madera de la que está formado sienta el aliento de mis doncellas. Recita estas frases, y fuma esta Yescas seca; haz que la madera abra sus poros a la naturaleza.

Gilgamesh: ¡pero! ¿Y cuál es el objetivo de esto?

— Aquel ser fruncio el ceño, y dijo.

El duende: ¡aquí comenzará la liberación de tu alma! Y con esta la liberación de otras tantas, ya que él diario de mi señora tiene nuevo dueño, y tú debes jurar darle mi legado, y tu legado, el legado de la naturaleza.

Gilgamesh: hablas como si se tratara de una profecía.

El duende: ¡ni profecía! ¡Ni adivinación! Es sólo que a sus manos ha partido mi dama, y mi alma va a donde ella se encuentre.

— Luego este cerró sus ojos, y todo se perdió en la oscuridad, las antorchas se apagaron de súbito, y yo me encontraba en medio de mi torre, con él tratado de los no mundos entre mis piernas.

Loes: desperté a la media noche, la luz de la luna que entraba por la ventana, bañaba toda mi habitación con su pálida presencia, las imágenes de planetas y constelaciones parecían obtener nueva vida. Resaltaban hermosos, tal como si la tercera dimensión se apoderara de sus formas. A lo lejos el canto de un pájaro nocturno llamaba mis sensaciones a la eternidad. Fue en ese justo instante que sentí incontenibles deseos de ver a Lilith. ¡Sentí como si cada contorno de su cuerpo me llamara! No sabía del porque este tipo de confusión agobiaba mi mente, solo pensé en Gigalmesh, y en su sabio consejo. Salí a hurtadillas de la habitación, ya que no deseaba que nadie en casa se despertase. Una vez fuera contemplé de nuevo los claros rayos de la luna. Observé un tanto confundido todo lo que me rodeaba, y al dirigir mi vista al suelo, vi un pequeño objeto sobre este: me acerque para verlo más de cerca, y al cabo de un rato comprendí de que se trataba: era una pequeña pepita que Plata — o al menos eso parecía en aquel momento — la tome en delicadamente con mi mano derecha, ni un extraño escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Al final termine por no darle mucha importancia; la metí en el bolsillo derecho de mi pantalón, y dirigí mis pasos a casa de Gigalmesh. Por el camino el sereno ni la soledad me confortaban: ¡las puertas de las casas cerradas pulcramente! El silencio envolvía toda aquella escena, tal y como si aquellas no albergaran vida alguna. ¡Camine, y camine! Hasta que mis piernas fueron presa del cansancio.

Cuando por fin me hube frente al bosque, mis ojos fueron cautivados nuevamente por aquella profunda oscuridad. Dirigí mis ojos a aquella mi Loma; el viento mecía las ramas del árbol que allí se encontraba.

Retomé entonces mi camino, y entre al bosque de la penumbra. Una vez dentro: el recuerdo de aquellas hadas penetró en mi mente como súbito fulgor, más esta vez sus ecos no me llamaban: era como si en mi interior llorará por su ausencia. En este momento fue cuando advertí un pequeño camino, el cual estaba ya muy lleno de maleza: imaginé pues que había sido abandonado hacía ya mucho tiempo. Sin saber exactamente del porque, lo tomé casi sin pensarlo.

Camine por el durante un rato hasta llegar a una gran roca, se encontraba esta llena de maleza. Saque la pepita que había metido en mi bolsillo, y la coloque sobre la roca: al hacerlo la forma de una dama comenzó a formarse sobre esta. Y cuando hubo terminado su transformación: era Lilith la que frente a mis ojos se encontraba; se veía esta; ¡hermosa! ¡hermosa! En su desnudes magestuosa, sus gruesos y apetitosos labios brillaban sutilmente con los rayos de la luna; su blanca y delicada piel me llamaba a la tentación, ¡y su perfume! ¡Ho...! Su delicioso y cálido perfume. Así fue como me observo directo a los ojos ¡ho... ojos! ¡ojos vivaces y sensuales! La excitación vino a mí, mientras ella deslizaba sus delicadas manos por sus maduros pechos. Así fue como no pude contenerme mas: y me acerque lentamente a ella. Una vez me hube cerca de su magestuosa

figura, ella abrió sus piernas dejándome ver los tiernos y calidos parpados inferiores. Corrientes eléctricas recorrían el interior de mi boca, hasta hacerme salivar deseando aquel beso prohibido. Rrecorri entonces las sutiles y perfectas curvas de sus piernas, hasta terminar en sus tersos y sueves pies: las uñas de estos decoradas de un bello rojo sangre, y sin contenerme ni un instante mas, comenze a lamerlos suavemente, rozando con mi talon hasta la punta de sus dedos, para asi perderme en cada uno de ellos. Mientras con mis manos acraciaba sus torneadas pantorrillas. Aquí fue cuando ella dio un leve quijido. El cual fue incentivo del mas puro deseo. Dirigi nuevamente mis ojos a su entrepierna, y a aquellos tejidos suntuosos, sus labios estaban ahora rosados y vivaces, ni un tan solo bello púdico asomaba para opacar su belleza, acerque mi rostro y vi como ellos se hinchaban: mientras se llenaban del amor y el agua cristalina: deseaba devorarlos, ¡devorarlos sin inhibición! Coloque entonces mi mano izquierda sobre su muslo izquierdo, y con mis labios, bese los inferiores suyos, hasta hacer participe también a mi lengua de aquel placer indescriptible. Ella comenzó a quejarse tímidamente, y yo subia lentamente por sobre su ombligo, hasta que me hube con mis labios saboreando sus pechos, desabroche rápidamente mi pantalón, y juzto cuando me disponía a entrar en aquel tnel misterioso: aquella, mi deseada aparición; desapareció como humo blanquesino, el cual se perdió en el frio de la atmosfera.

Pensé en masturbarme, pero aquello era imposible, ya que si no la tenia, ¡ya nada tenia sentido! ¡es duro desear, sin poder realizar! Asi fue como retome mi camino a casa de Gilgamesh, no sin antes preguntarme: ¿Por qué simpre que entro a este bosque, han de sucederme cosas tan extrañas y maravillosas? Me olvide de ese asunto, y al entrar de nuevo a mi camino, adverti que no traia conmigo la pepita de plata, recordé entonces que aquella había sido el detonante de aquella fantasia ¿Cómo sabia yo que debía ponerla sobre la roca?

Una vez me hube en el buen camino llegue a casa de Gilgamesh.

Extrañamente la puerta de aquella torre oscura se encontraba abierta, entre y allí le vi tendido en el suelo, junto a la fogata. Este advirtió mi presencia y alzo su mirada hacia mis ojos: se veía su rostro extasiado, como si viniera de un maravilloso viaje. Decidi ir y sentarme a su lado: entonces fue cuando este me dijo.

Gigalmesh: hola viajero, ahora soy un alma del viento. Este es la noche, este es el momento.

– extrañado por aquellas palabras le pregunte.

Loes: ¿a que te refieres, que sucede hoy?

Gigalmesh: ¡hoy muere Mitit! En ti vieje por el bosque, fue allí donde tu viste a quella dama que ante ti se postro, aquella que en sereno viento se entrego. ¡esa tu amada! ¡ese vuestro amor!

Loes: ¿acaso ella era Lilith? ¿Por qué hoy muere Mitit?

— Este dejo salir una fuerte diabólica carcajada y dijo.

Gigalmesh: mientras tu descansas aquí, tranquilo y sereno. Mitit arde en llamas de revolución, y tu amada lilith corre peligro de ser victima de un simple Adan. ¡porque llamas, con llamas se pagan! ¡porque libertad con libertinaje se conjugan!

— En mi los sentimientos fueron encontrados, ¡la euforia y la tristeza! ¡el juvilo y el dolor!

Loes: ¡No! Mi amada Lilith: ¡Matare con espada! ¡esta la espada que sacare de las llamas!

Gigalmesh: ¡Ve! Candente corderillo, sacia tus ansias.

— Al terminar Gigalmesh de decir esto, corri rrapidamente hacia Mitit, los arboles pasaban junto a mi en veloz carrera, y la luna inchaba mis venas, y enloquecía todo mi ser.

Una vez me hube en el pueblo: llamas ardían por doquier. Vi a Lenin traer a rastras al viejo Braulio. Machetes ansiosos esperaban por su cabeza. Entonces yo dije.

Loes: ¡Lenin! No lo hagas, nadie merece tal muerte, sobrevivir al instinto es lo que debe distinguirnos a los humanos.

— Entonces Lenin me dijo con lagrimas en los ojos.

Lenin: ¡por ti lo hare Loes! Pero no dudo que esta sea la muerte apropiada para un perro como este.

— Dejaron al viejo Braulio, y procedieron a organizarse como los guerreros que eran, y cerraron entradas y salidas, el pueblo era ahora del pueblo. Aquí fue cuando los ojos de Lenin vio lo que mis ojos imploraban y dijo.

Lenin: ¡Ve Loes! ¡ve por tu amada!

— Vino entonces Angel conduciendo el nuevo coche del viejo Braulio.

Lenin: ¡Angel! Lleva a Loes a la ciudad.

— Me llevo entonces Angel a la ciudad, la euforia en mi corazón era tal que no sentí los kilómetros, y como a las 22:00 me hube en aquella selva de concreto. Me dejo entonces Angel en el parque: y estuve allí por mucho tiempo pensando en lo loco de todos estos acontecimientos. Y entonces allí la vi. ¡no podía creerlo! Era Lilith sentada en una banca. La vi, y sentí repudio, ella me vio y se sonrió conmigo. Me acerque y le pregunte: ¿Qué haces aquí? Y ella me dijo cálidamente.

Lilith: hoy justamente pasaría una noche con un tipo, cercano a lo que yo era en el pasado.

Loes: ¿y que te detuvo?

Lilith: Imagus me reprocho desde lo mas profundo de mi ser.

Loes: ¿Entonces estas sola?

Lilith: ¡No! ¡Tu estas conmigo!

— Nos acercamos lentamente, y como quien se traslada a travez de un jardon de flores frescas, y colores vivos, bese sus suaves y delicados labios: perdiéndome por completo en un instante infinito.

— Asi fue como partimos al hotel, sentía las llamas de Mitit sobre mi espalda. Pero no pensé en molestarla con ese tipo de cosas. Para que quería ella saber que su padre era un campesino mas, si ahora ella, ya no es victima del placer en la posesión. ¡para que! Si ahora su vida era un renglón mas en el diario de Imagus.

— Ninguno de los dos advirtió que el diario de Imagus quedo olvidado en la banca del parque. ¡seguro asi ella lo deseaba!

Narrador: Un adolescente llevo esa noche al parque, advirtió un librito que en una banca estaba. Luego el viento volteo sus hojas, y se abrió jupto en esta pagina.

Diario de Imagus.

Encontrabame yo, Imagus, en una torre olvidada, en esta un viejo lloraba a causa de su soledad, asi fue cuando console su llanto, este se aferro a mi alma se aferro a la suya, recordaba este cuando era joven y visitaba el pueblo. Allí se quedaba observando desde una loma lejana. Y allí fue cuando yo le avandone. No in antes besar sus labios, no sin antes darle todo de mi amor.

Dirigi entonces mis pasos a un joven, el cual ostentaba en su mente toda la virtud de aquel mi añorado amor.

Abrió sus ojos y se vio a si mismo, y aquel pueblo nunca jamás a ser como antes, y aquellas vidas nunca volvieron a sentirse olvidadas. Ya que las llamas ardieron, la libertad toco sus dedos, y el conoció el amor.

Fin